



la casa del fuego eterno

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.288 — Terror en los mundiales.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

749 — Entierro en cómodos plazos.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

681 — La mecedora.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

281 — La hija de la serpiente.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

27 — La lejana voz del muerto.

SILVER KANE

LA CASA DEL FUEGO ETERNO

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.254
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 10.908 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1975

© Silver Kane - 1975

texto

© Enrique Martín - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

ERA la primera vez que Malone tenía delante de los ojos La Casa del Fuego Eterno.

Pese a su siniestro nombre, el edificio en sí no tenía nada de especial. Se trataba de un bloque de cemento sin apenas ventanas, sin ningún árbol y sin ninguna gracia, al estilo de esos habitáculos parecidos a nichos por los que hoy tanto se pirran los arquitectos. Cualquiera hubiese podido pensar que allí iban a construirse viviendas económicas para gente dejada de la mano de Dios.

Malone echó un vistazo a la reja que circundaba todo aquello, y que hasta el más tonto hubiera comprendido que estaba electrificada. Unos cuantos miembros de la policía militar, metralleta en mano, impedía acercarse a ella. Un *jeep* lleno de hombres armados hasta los dientes patrullaba incesantemente cerca de la entrada.

—¿Por qué la llaman La Casa del Fuego Eterno? —preguntó Malone.

El general Sullivan, que era quien le había conducido hasta allí, se volvió hacia él, girando la cabeza en dirección a la parte posterior del coche.

—Bueno, hay varios motivos para llamarla así —replicó.

—¿Por ejemplo?

—Pues por ejemplo, el hecho de que haya ahí unas pilas atómicas que no se extinguen nunca. Se calcula que tienen energía hasta el año 2200, o sea hasta que de nosotros no quede ni el menor recuerdo, y hasta que los nichos de los cementerios se conviertan en habitaciones, porque en el mundo no habrá sitio para todos sus habitantes. Esa es una razón, pero la otra resulta más sencilla: la llaman La Casa del Fuego Eterno porque esa casa es el infierno mismo.

Malone no se inmutó. Solo las arruguitas en torno a sus ojos se hicieron más intensas. Su cara de profesor que ya ha pasado de la cincuentena pareció avejentarse más.

—¿El infierno...? —preguntó.

—Sí, amigo mío —dijo el general Sullivan—, aunque ese nombre le suene a estrafalario. Hay tantos accidentes mortales aquí que nadie quiere trabajar en un sitio como ese. No crea que es una suerte el que le hayan destinado aquí. Le ha tocado a usted la china.

Y sonrió con un gesto de suficiencia, como indicando que él conocía muy bien todos los secretos de aquel lugar.

Pero de pronto quedó pálido.

Porque un grito lacerante había llegado hasta él.

Aquel grito inhumano, largo, ancestral, que brotaba del fondo de las paredes grises.

Un alarido que parecía brotar del mismísimo infierno.

* * *

Los conductos que pasaban por la zona de actividad de la pila atómica alcanzaban una temperatura tal que muy pocos metales podían resistirla sin quedar inmediatamente convertidos en humo. Casi todos esos conductos estaban hechos de titanio, un metal tan complejo y tan caro que solo en un país como Estados Unidos podía hacerse un derroche así. Pero los científicos entendían que valía la pena.

Y también el hombre que estaba en lo alto de la pasarela lo había creído hasta aquel mismo momento, hasta que el mundo entero empezó a girar locamente y dejó de existir para él. El hombre que estaba en lo alto de la pasarela veía el hierro fundirse y pasar directamente a uno de los grandes bloques refrigerados, que lo transformaban en acero, todo ello sin necesidad de altos hornos y en un tiempo récord. Bastaba con el calor generado por la pila atómica.

Había un conducto que escupía un chorro de hierro al rojo. Ese chorro caía exactamente sobre el recipiente refrigerado que lo convertía en acero. Cuando el recipiente estaba lleno, el chorro cesaba. No se perdía ni una chispa.

El hombre regulaba las frecuencias por si fallaba el control automático, cosa que ocurría a veces. Era un trabajo difícil, lleno de

tensión, y en el que no quedaba margen para el error.

Llevaba dos años así.

Sin accidentes. Sin problemas.

Hasta que de pronto aquella cosa increíble ocurrió. Hasta que notó que alguien le empujaba por encima de la pasarela. Hasta que sus brazos rasgaron el vacío desesperadamente.

El grito llenó la casa entera.

Atravesó las paredes grises.

E hizo honor al nombre de aquel lugar, porque fue un grito de esos que solo deben escucharse en el infierno.

El hombre cayó en el recipiente refrigerado.

Y el chorro de hierro al rojo cayó sobre él.

Lo cubrió.

Lo disolvió.

Se tragó hasta sus huesos.

Luego el recipiente quedó cerrado de una forma automática, se deslizó por una escalera mecánica y acarició un rodillo de goma que le dejó impreso un número. A continuación el recipiente pasó dos etapas más de refrigeración y una de control, se abrió en un vertedero y arrojó sobre un lecho de arena un bloque de acero purísimo. O quizá no tan puro, puesto que llevaba dentro las entrañas calcinadas de un hombre.

Inmediatamente una serie de mecanismos parecieron saltar como enloquecidos. En una serie de pantallas empezó a brotar una llamada frenética, imprimiéndose una y otra vez: «¡Control! ¡Control! ¡Control!» El peso que daba aquel bloque de acero no era el que debía dar.

Existía una pequeña diferencia en menos, lo cual indicaba que había ocurrido algo grave.

Y tan grave.

De las cenizas del ingeniero Amudsen nadie más sabría nada. Nadie llevaría flores a su bloque de acero. Nadie lloraría sobre su tumba de ciento veinte toneladas de peso.

El general Sullivan entró con sus acompañantes inmediatamente. Era tan conocido allí que todas las comprobaciones quedaron reducidas al mínimo. Acompañado de Malone y de tres gorilas que llevaban dos fundas axilares cada uno, pasó inmediatamente al vestíbulo de recepción.

—¿Qué ha ocurrido? —masculló.

El ingeniero jefe Thope salió a su encuentro. Estaba lívido.

—Un accidente, general. Se trata del ingeniero Amudsen. Su control hace tres minutos que no contesta.

—¿Y qué clase de accidente es ese? ¿Qué cuerno ha ocurrido? ¡Hable de una maldita vez!

—Ha quedado fundido en una pieza de acero.

Y le explicó en breves palabras, aunque sin ninguna emoción, en qué había consistido el accidente. La central atómica trabajaba para el Pentágono creando nuevas aleaciones metálicas y nuevos tipos de metal resistentes a la fisión y, por tanto, más aptas para los proyectiles intercontinentales. Lo que se estudiaba allí podía decidir, sencillamente, una guerra nuclear. Pero el precio que se tenía que pagar era el de macabros accidentes como el que acababa de ocurrir ahora.

Sullivan barbotó:

—¿Pero cómo ha podido caer? ¿Está seguro de que no le ha empujado nadie?

—¿Quién iba a empujarle, general? Todo el personal que trabaja aquí ha sido seleccionado al máximo.

Sullivan no se ocupó más de eso. Si el personal era de confianza o, por el contrario, estaba formado por una pandilla de insignes hijos de zorra, ya lo averiguaría. Lo único que hizo fue gritar:

—¡Identificación!

Malone, que no conocía todo aquello, fue testigo entonces de la información más rápida que se puede tener en una oficina habitada por seres humanos. Sullivan casi le empujó a un despacho donde había una serie de pantallas semejantes a las de la televisión, pero que en realidad ocupaban cada una de ellas una pared entera. Cuando ellos entraron, donde aquellas pantallas ya estaban transmitiendo la fotografía del ingeniero Amudsen, sus datos biográficos y los nombres de sus familiares, así como el lugar donde debía ser depositado el cadáver en caso de accidente. No se podía pedir más.

Uno allí la palmaba rápido, pero al menos en otros aspectos quedaba servido.

Sullivan gruñó:

—El cuerpo debe ser entregado a Mónica Amudsen, la hija única

del ingeniero. Nuestras fichas de control lo dicen. ¿Pero qué diablos de cuerpo? ¿Dónde está?

Las pantallas se pusieron a ladrar entonces otra serie de informaciones. Todas las secciones de la gigantesca oficina, de la gigantesca factoría y de los gigantescos laboratorios tenían que saber quién había entrado allí. La cara de Malone empezó a ser reproducida por las pantallas en todas las habitaciones.

—Atención personal... Atención personal... Acaba de llegar el doctor Malone, nuestro nuevo jefe de investigación. Todos los presentes le reconocerán la máxima categoría, similar a la del general Sullivan. Datos personales: doctor en Química por la Universidad Lenin de Moscú, doctor en Ingeniería por la norteamericana Universidad de Harvard, doctor en Cristalografía y Óptica por la Universidad de Leipzig, doctor en Ciencias Nucleares por la Universidad de Londres, profesor de Matemáticas en la Escuela Politécnica de París, profesor de Química Nuclear en Cambridge, director de la Escuela Superior de Tiro y Balística... Repetimos... Atención personal... Atención personal... Acaba de llegar el doctor Malone, nuestro nuevo jefe de investigación...

Malone miró asombrado todas aquellas pantallas que desde el tejado a los sótanos repetían su cara, sus datos personales, su nombre. Por un momento incluso pareció un poco aturdido, hasta que Sullivan le indicó una de las puertas.

—Yo me ocuparé de todo lo referente a Amudsen —dijo—. Siento no poder acompañarle hasta el Gabinete de Personal, doctor, pero estaré con usted dentro de media hora. Mientras tanto, pude ir realizando los trámites necesarios para quedarse aquí. Suba, por favor.

Detrás de la puerta había un ascensor metálico. Malone se metió en él.

Y si estaba asombrado por la enorme cantidad de datos que sobre él habían dado ya en el mismo momento de su llegada, pronto tuvo motivos para asombrarse aún más. Porque una voz que parecía surgir de todos los rincones del ascensor le indicó que debía desprenderse de los dos únicos objetos metálicos que llevaba: un encendedor y unas monedas. Otra voz le indicó que su peso era ligeramente excesivo y su tensión demasiado alta. Por fin, otra le advirtió que tenía los pulmones algo cargados y que debía dejar de

fumar los treinta cigarrillos diarios que fumaba. Con el más absoluto asombro, Malone comprobó que el ascensor en que estaba no era solo un ascensor, sino un completo laboratorio médico dotado de unos aparatos cuya perfección no había podido hasta entonces imaginar. Para que nada faltase, una última voz le advirtió que al encenderse la luz roja podría salir porque su personalidad había sido debidamente comprobada.

—¿Y si yo fuera un impostor? —preguntó Malone, convencido de que alguien a quien no veía iba a contestarle.

En efecto, una voz metálica contestó:

—Si usted fuera un impostor, ya nos habríamos dado cuenta. En ese caso, un gas letal le dejaría sin sentido y usted caería en nuestras manos cuando el ascensor llegase al final de su trayecto.

—Pero, ¿y si fuese armado?

—En caso de emergencia grave, usted moriría electrocutado al tocar las puertas.

Malone, que iba a tocar una de ellas, apartó las manos vivamente.

Pero el ascensor ya había llegado a su destino. La luz roja se encendió. Las puertas se abrieron de una forma automática. Una serie de voces que parecían surgir del fondo de las paredes estaban diciendo:

—...El bloque de acero del ingeniero Amudsen en el número seis... El bloque de acero del ingeniero Amudsen en el número seis...

Las voces llegaban desde todas partes, monótonas y graves, sin ninguna inflexión humana. Se trataba del más extraño himno de réquiem que Malone había oído nunca. La Casa del Fuego Eterno no se despedía de un hombre, sino que se despedía de un bloque de acero. Nada más que eso. Un bloque de acero con un número.

Dos hombres acudieron al encuentro de Malone.

Eran altos, corpulentos y tenían aspecto de gorilas profesionales a sueldo del Pentágono. Cada uno de ellos llevaba en la solapa una ficha con los datos de identificación.

—Capitán Morris y capitán Flanagan —se presentaron—. Nosotros somos los responsables directos de su seguridad el día de su llegada, doctor. Tenga la bondad de acompañarnos.

Malone, asombrado, les siguió como un autómatas.

Tenía la molesta sensación de que cien cámaras ocultas le seguían, le filmaban, analizaban sus movimientos y los comparaban con los de otras filmaciones que en tiempos anteriores le habían hecho. Solo con que una de sus pisadas fuera distinta, con que la línea de una de sus quijadas no concordara con las otras, con las que ya estaban archivadas en las computadoras, se desencadenaría la locura por medio de una serie de timbres de alarma.

Pero no ocurrió nada. Todo estaba en el más absoluto orden, puesto que, en efecto, él era el doctor Malone y no un impostor. De pronto, sin darse cuenta apenas, se encontró en un despacho lujosamente amueblado, pero con las paredes de acero.

—No le extrañe —dijo el capitán Morris—. Detrás de ellas hay plomo. En esta parte del edificio todo está preparado así, para evitar posibles radiaciones atómicas.

—Ah, diablos...

—Tome, doctor. Esto es lo fundamental, lo más necesario, lo que nunca debe olvidar.

Le entregaban un anillo. Era un sello de oro con sus iniciales, exacto al que él llevaba. Era tan exacto que por un momento vaciló pensando que podían haberle quitado el primero por arte de birlibirloque.

Flanagan le sonrió.

—No se sorprenda, doctor —dijo—. Aunque no lo crea, en todos los servicios secretos del mundo está su fotografía de frente, de perfil, de cuerpo entero y de simple plano americano. Y en todas ellas figura ese anillo que usted lleva desde el día en que quedó viudo. Puede tener la seguridad de que lo han ampliado y analizado cien expertos fotográficos. Es uno de los anillos más conocidos del mundo.

—Pero todo esto es absurdo... Al fin y al cabo, ¿Por qué?

—Porque usted es uno de los sabios nucleares más importantes que hoy viven en el mundo, doctor —dijo Morris—. No sé si le gusta saber eso o no, pero su cerebro vale millones. Le podría dar en este momento la lista de media docena de grandes potencias que están deseando secuestrarle para que trabaje a su servicio. Y no todos pensando en la guerra, se lo aseguro. Para los japoneses, cuya balanza de pagos pronto no podrá soportar los elevados precios del petróleo, un hombre como usted, capaz de crear fábricas

enteramente atómicas, no tiene precio. Pero los japoneses son solo un ejemplo.

Y le quitaron el anillo que siempre había llevado puesto.

Le colocaron en su lugar el otro.

Eran absolutamente idénticos.

Pero Malone se resistió.

—Oigan, no crean que voy a prescindir de él... ¡Es un recuerdo de mi difunta esposa!

—Se lo entregaremos cuando ya no seamos responsables de su seguridad —dijo Morris secamente—. No crea que va a perderse. Pero mientras trabaje para el gobierno de Estados Unidos, no se desprenderá jamás del que lleva puesto ahora.

—¿Por qué?

—Porque es una pequeña maravilla técnica. Damos por descontado que usted conoce el Morse, por supuesto.

—Claro. Solo me falta un poco de práctica.

—Pues tendrá que hacerla. El anillo es un emisor-receptor que enviará su voz hasta un control situado quizá a cien metros o quizá a cien millas, pero que lo captará todo perfectamente aunque usted haya hablado en un susurro. Por si no puede hablar, la presión ejercida con los dedos en cualquier punto del anillo envía al control señales en Morse. Aun en el caso de estar usted atado de pies y manos, es imposible que sus dedos no puedan al menos rozar el anillo y hacerlo trabajar. Nuestros expertos en ligaduras han comprobado eso.

Malone estaba sencillamente asombrado, quizá porque nunca hasta entonces se había visto metido de cerca en las redes de los servicios secretos. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Pero es que de veras creen que alguien va a intentar secuestrarme? ¿No es absurdo todo eso?

—En nuestro mundo nada es absurdo y nada deja de serlo, doctor —dijo Morris enfáticamente—. Nosotros nos limitamos a hacerle usar unas medidas de seguridad que nuestros servicios técnicos han ideado especialmente para usted. Por ahora esas medidas se limitan al anillo pero habrá otras. Y ahora oiga la cartilla: durante seis meses vivirá aquí, sin salir para nada absolutamente. Recibirá periódicos y correspondencia, así como los libros que pida. Verá la televisión siempre que le plazca. Comerá a

la carta y tendrá a su disposición un cine con todas las carteleras de Broadway. Podrá practicar deportes en nuestras instalaciones, pero jamás salir de aquí, ¿entendido? Otra cosa: en nuestras fichas consta que es usted relativamente aficionado a las chicas.

Malone se puso colorado.

—Bueno... —dijo—. Ya tengo cincuenta y tres años, pero es que...

—Y que le gustan las intelectuales de unos veinticinco —dijo Flanagan, con la mayor naturalidad—. No es problema. Pero en cuanto a las mujeres, recuerde esto como su propio apellido, no deberá cometer nunca el menor desliz. Si tratan de secuestrarle, es seguro que de un modo u otro harán intervenir a una mujer.

—Entonces, ¿por qué dicen que no es problema?

—Porque su secretaria será una intelectual de unos veinticinco años —gruñó Morris, como el que habla de las costumbres sexuales en la isla de los Galápagos—. Se trata de una chica eficiente y que jamás caerá en una provocación, limitándose a ser una perfecta secretaria. Si usted la necesita para otra clase de servicios, le bastará hacer una seña. Ah... Periódicamente, si quiere, podemos cambiársela.

Malone estaba rojo como la grana.

Jamás hubiera pensado que aquellas cosas pudieran ser tratadas de una manera tan «científica» y con tan absoluta frialdad.

—No quiero que ninguna mujer haga un sacrificio por mí —balbució.

—No lo hacen. Esas secretarias están muy bien pagadas, se lo aseguro. Ya saben lo que se pide de ellas. Por otra parte, son «asépticas», son de la más total confianza. Alguna de ellas se ha pasado espiando en embajadas extranjeras hasta tres años.

Y le señaló otra puerta.

—Pase allí, por favor.

—¿Qué he de hacer allí? —preguntó Malone, que ya empezaba a estar más que un poco mosca ante todo aquello.

—Desnudarse y someterse a una serie de radiografías. Las que se le han hecho en el ascensor eran preventivas simplemente.

Malone se encogió de hombros.

Bueno, al fin y al cabo estaba atrapado de pies y manos y no podía escapar. ¿Qué más daba ya...? Lo que no entendía era el

porqué de tantas y tantas precauciones. Aun contando con que le secuestraran, ¿quién era el valiente que le sacaba del edificio?

No había modo humano de lograrlo.

Absurdo.

Imposible...

Atravesó aquella puerta. Sus dos gorilas guardaespaldas, Morris y Flanagan, le precedieron con las manos puestas sobre las culatas, como si entraran en terreno desconocido.

Y sin embargo, la habitación no podía ser más vulgar. Había dos grandes aparatos de rayos X y unas cuantas mesas de mármol. También había dos departamentos pequeños para vestirse y desnudarse. Un hombre con bata blanca, que debía ser el radiólogo, les sonrió.

—Pase, doctor Malone —dijo—. ¿En qué sitio desea dejar su ropa?

—Eso lo decidiremos nosotros —dijeron los dos gorilas.

Y avanzaron hacia los dos pequeños departamentos, eligiendo uno cada uno, mientras la voz monótona repetía hasta la saciedad en todos los rincones del siniestro edificio:

—El bloque del ingeniero Amudsen es el número seis... El bloque del ingeniero Amudsen es el número seis...

Lo mismo Morris que Flanagan recorrieron a un tiempo las cortinillas que cerraban los dos departamentos.

Y entonces ocurrió aquello.

No tuvieron tiempo ni de gritar.

De detrás de cada una de las cortinillas había surgido un hombre. Cada uno de ellos empuñaba una pistola ancha, chata, de las que se usan para disparar granadas de gas venenoso.

Los disparos fueron instantáneos.

Ninguno de los gorilas pudo gritar.

Los dos cayeron pesadamente y los dos estaban muertos ya antes de besar el suelo, mientras la voz seguía repitiendo como una cantinela macabra e incansable:

—El bloque del ingeniero Amudsen es el número seis... El bloque del ingeniero Amudsen es el número seis...

CAPÍTULO II

—SEÑORITA AMUDSEN —dijo la voz fría e impersonal—, han dado un recado urgente para usted. Parece que le ha ocurrido algo a su padre.

La muchacha que estaba sentada en un ángulo de la biblioteca saltó como si la hubiera herido un pinchazo. El libro que estaba leyendo resbaló de entre sus dedos. Sus bonitas piernas ceñidas por medias última moda, estuvieron a punto de ceder.

La voz de la funcionaría de la residencia femenina —en realidad una especie de cárcel para hijos y esposas de altos empleados secretos— la miró como se miraría a un mueble pasado de moda.

—Vaya a su habitación —dijo—. Han dejado nota de que llame a este número.

La muchacha le echó un vistazo.

—Es el número de La Casa del Fuego Eterno —dijo temblando—. Bueno, uno de ellos.

—¿La Casa del Fuego Eterno?

—Yo me entiendo. No crea que no sé lo que me digo.

Y salió caminando sobre sus altos tacones con la agilidad de una gacela. Su cuarto estaba en el segundo piso. Descolgó ansiosamente el teléfono y no recibió la señal de marcar. Varias veces pulsó la palanca, nerviosamente.

Pero no había modo. El teléfono privado de su habitación no funcionaba.

La primera reacción fue usar el de cualquier otra habitación, pero eso estaba prohibido. Fue entonces al teléfono común, al que estaba junto a la biblioteca.

Descolgó.

Tampoco recibió la señal de marcar.

Parecía como si alguien hubiera estropeado todos los teléfonos

de la casa.

Con voz que era apenas un gemido, la muchacha balbució:

—¿Pero qué pasa...?

—Es extraño —dijo la operadora—. Hace un momento funcionaban todos los teléfonos y ahora ya no, ¿Es una llamada urgente?

—Mucho. Puede ser vital.

—Entonces no tendrá más remedio que utilizar la cabina pública. Ha habido suerte, porque la acaban de instalar. Dos operadores han hecho una llamada hace un momento para comprobarla.

—¿La cabina pública? ¿Dónde está?

—Detrás del patio. La verá al doblar la esquina.

—Gracias.

Y la muchacha corrió de nuevo, sintiendo que la ansiedad aumentaba en ella a cada minuto que pasaba. Salió del edificio —un sitio donde estaban vigiladas las hijas y esposas de funcionarios que podían ser secuestrados— y vio la cabina a poca distancia. En efecto, era nueva, porque dos horas antes no estaba allí. Incluso la luz de neón del interior, parpadeante, debía estar mal instalada.

Abrió la puerta.

Introdujo una moneda en la ranura y descolgó el teléfono, apretándolo contra su oreja. Fue entonces y solo entonces, al presionar con algo duro el auricular, cuando la brutal descarga de veinte mil voltios atravesó de lleno su cráneo.

La muchacha quedó fulminada.

No pudo ni gritar.

En el sitio donde había estado posado el auricular quedó marcada una espantosa quemadura. Inmediatamente el cuerpo que había recibido la descarga se arrugó. La chica quedó en el suelo hecha un ovillo.

Segundos después, en aquella calle solitaria por la que no pasaba nadie, la furgoneta surgió como si acabara de brotar del suelo. Se detuvo junto a la cabina y las puertas se abrieron. Tres hombres descendieron, saltando con la rapidez de auténticos comandos.

Entre los tres cargaron la cabina, que ni siquiera estaba fijada a tierra. Con un gesto rápido y bien ensayado la depositaron en la furgoneta y cerraron las puertas. Luego uno de ellos retiró el cable

que estaba conectado al transformador urbano situado a menos de quince yardas.

Se oyó el ronquido del motor.

La furgoneta desapareció.

En solo unos segundos, la víctima y los verdugos fueron tragados para siempre por las sombras de la noche.

CAPÍTULO III

LA operadora del teléfono sintió que temblaban sus dedos al ver la cara demudada de la muchacha.

—Señorita Amudsen... —dijo.

La chica entró.

Parecía tambalearse. Daba la sensación de haber recibido una noticia terrible.

—¿Ha podido telefonear desde la cabina? —preguntó la operadora.

—Sí.

—¿Y qué le han dicho?

—Mi padre acaba de morir.

Una de las celadoras de la residencia oyó aquellas palabras. Hizo un gesto de pesadumbre y sus manos acariciaron la espalda de la muchacha, intentando animarla. Le pareció que los omóplatos de Mónica eran un poco más amplios que antes, como si de pronto la muchacha hubiera desarrollado su espalda; pero, ¿quién puede fiarse de una sensación así? Y además, ¿qué importancia tenía?

—Mónica —dijo—, en el sitio donde trabajaba tu padre había muchos accidentes. ¿Pero estás segura de que ha muerto? ¿Quién te lo ha dicho?

—La propia dirección del centro. He pedido ir allí y me han dicho que no. Parece que la muerte de mi padre no ha sido normal. Parece que... ha ocurrido algo increíble.

Y a sus ojos saltaron las lágrimas. También a la celadora le pareció que aquellos ojos eran más oscuros que antes, pero no pudo precisar tan extraña sensación. Mientras intentaba consolar de nuevo a la muchacha bisbiseó:

—Mónica... ¿qué te han dicho que debes hacer?

—Es... esperar.

—¿Esperar qué?

—Me avisarán para entregarme el cadáver. No lo entiendo, pero... pero me han dicho que ya me lo entregarán en el propio cementerio. Deberé despedirme de mi padre en el mismo momento en que lo entierran. No tiene sentido.

—Claro que no lo tiene —dijo la celadora—. Nadie puede ser enterrado hasta veinticuatro horas después de su muerte. A menos que tu padre hubiera tenido el accidente antes de...

—No, nada de eso. Me han dicho que acababa de sufrirlo. Que acababa de morir...

—Pues no lo entiendo. ¡Es absurdo! Es...

En aquel momento sonó el teléfono. «Casualmente» la línea volvía a funcionar. La operadora tendió el aparato a la muchacha.

—Señorita Mónica... Preguntan por usted del Departamento de Estado.

La muchacha tomó el auricular con unas manos que temblaban espasmódicamente. Una voz untuosa, una voz típicamente «oficial», una de esas voces educadas durante años para dar las malas noticias, le comunicó con cien rodeos que el ingeniero Amudsen había sufrido un accidente en su trabajo y acababa de morir. El ingeniero Amudsen era un benefactor de la humanidad, un héroe, un verdadero servidor de la Patria.

Al funcionario no le importaba un elogio más o menos. El lío se estaba deshaciendo.

—¡Quiero saber lo que ha ocurrido! —gritó ella, sin prestar atención a tanta verborrea oficial—. ¡Necesito saberlo!

La misma voz untuosa le comunicó que se estaba elevando un informe secreto con todos los detalles, y que del mismo se le facilitaría a ella una copia, aunque no debía mostrarla a nadie. Por otra parte, comprendería enseguida lo ocurrido cuando «viera» el cadáver del ingeniero Amudsen. Por una serie de circunstancias especiales, este iba a ser sepultado en un lugar reservado del cementerio de Arlington, y precisamente dentro de pocas horas. Un coche con varios agentes que fueron amigos de su padre había salido ya para buscar a la muchacha.

Como si aquellas palabras fueran una premonición, un lujoso «Pontiac» se detuvo en aquellos momentos ante la residencia. Dos hombres que, en efecto, habían sido amigos de Amudsen

descendieron de él. Los dos se dirigieron a la muchacha con las manos tendidas y con una mirada de terror en los ojos.

No sabían cómo decirlo.

Nunca hubieran imaginado que la amistad hacia Amudsen les metería en un apuro así.

—Lo siento, Mónica —dijo uno de ellos—, pero el Estado no te desampará.

—¿Y para qué necesito yo el amparo del Estado? —preguntó abruptamente ella—. ¡Lo que necesito es a mi padre!

—Lo verá inmediatamente, Mónica. Bueno... Es un decir... ¡ejem!... Quizá no lo vea. Pero puedo asegurarle que ha muerto sin darse cuenta, sin sufrir, sin entender nada.

—¿Sin entender nada? ¿Pero por qué infiernos no me lo explican todo de una vez? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Lo verá en el cementerio, Mónica. Lo comprenderá en cuanto esté allí.

—¿Qué cementerio?

—Un lugar reservado de Arlington. ¿No se lo han dicho?

Ella se llevó las manos a las sienes como si le zumbaban espantosamente.

—Sí, claro que me lo han dicho —susurró—, pero ya lo había olvidado casi. Por fortuna estamos en Alexandria y llegaremos a Arlington en menos de una hora. Vamos allá.

Alexandria, en efecto, es una ciudad residencial situada a poca distancia de la capital y, por lo tanto, a poca distancia también del cementerio nacional donde son enterrados sus héroes. El lujoso coche hizo aquel trayecto en un tiempo mínimo. No obstante, cuando pasaron ante la llama que anuncia perpetuamente la tumba de Kennedy, ya empezaban a flotar, cada vez más insistentes, las sombras.

La muchacha se encontró entonces ante una escena que a cualquiera le hubiese parecido increíble. No había ataúd para el muerto porque no hacía falta. El muerto estaba encerrado en el ataúd más hermético del mundo, un bloque de acero que llevaba delicadamente impreso el número seis. Cuatro funcionarios del Servicio Secreto montaban guardia ante él, como cuatro verdugos que hubieran acompañado a su víctima hasta más allá de los umbrales del otro mundo.

Uno de ellos la conocía.

Avanzó con expresión condolidada.

—Mónica...

Pero ya no llegó ni a tenderle la mano. De pronto la muchacha cayó a sus pies. De pronto escapó de entre sus labios algo que parecía un gemido de muerte.

* * *

El funcionario del Servicio Secreto masculló:

—¡Pronto! ¡Sacadla de aquí!

Muy a pesar suyo se estaba fijando en sus líneas, en sus curvas, en sus tentadoras piernas. Muy a pesar suyo se estaba diciendo que Mónica era una de las muchachas más bonitas que había visto.

Pero un elemental sentido de la decencia le impulsó a gritar de nuevo:

—¡Sacadla de aquí!

Otro miembro del Servicio Secreto, nada menos que el propio general Sullivan, se acercó para murmurar:

—No podemos hacerlo, Lorre.

—¿Por qué, señor?

—Es la hija y necesita estar presente. Ya que ni siquiera puede ver el cadáver, por lo menos que esté aquí. Espere a que se reanime y luego le explicaremos lo que ha sucedido.

La muchacha no tardó en reanimarse, gracias especialmente a un tónico inyectable que le trajeron desde uno de los coches. Luego su mirada alucinada paseó por encima de todo aquel mundo de horror como si creyera que era una pesadilla.

—¿Qué ha ocurrido? —balbució—. ¿Qué?

El propio general Sullivan se acercó para explicárselo. No era un buen orador, pero logró hacerle comprender que esas cosas podían ocurrir en un centro nuclear donde todo se ensayaba y, por lo tanto, no había nada seguro. Le garantizó que lo que quedaba de su padre estaba dentro de aquel bloque y le juró por todas las potencias celestiales que era ya imposible sacarle de él. Por lo tanto, y ya que el ingeniero Amudsen se había convertido en materia incorruptible, sería el bloque lo que enterrarían.

La muchacha decía a todo maquinalmente que sí.

Parecía completamente destrozada, completamente atónita.

Por fin el bloque fue situado en el fondo de la fosa, aunque para ello se tuvo que emplear una grúa porque no había fuerza humana que moviera semejante mole. La lápida la cubrió y los hombres que estaban allí rezaron una breve oración. O simularon rezarla. Para aquellos hombres cuyo oficio era matar, la muerte no necesitaba demasiadas ceremonias.

Luego, todo el grupo se disolvió. El lugar reservado del cementerio de Arlington quedó solo.

Las sombras lo rodearon por completo.

El silencio se adueñó de él.

Sobre aquel bloque de acero, sobre la lápida recién estrenada, sobre aquel cadáver sin ni siquiera forma humana, se fue depositando la capa más eterna de todas las que dejamos los hombres a nuestro paso: la capa del olvido y del silencio.

CAPÍTULO IV

SIN embargo, aquel silencio y aquel olvido fueron rotos apenas dos horas después. Un coche de servicio oficial y que llevaba el emblema del Departamento de Estado —todo tan perfectamente falsificado que un experto no hubiera podido distinguirlo— penetró en la zona reservada de Arlington y se dirigió hacia uno de los panteones con los faros encendidos. El panteón estaba situado a más de media milla de la sepultura de Amudsen.

No parecía haber, por tanto, ninguna relación entre una cosa y otra. Los falsos oficiales hicieron una comprobación rutinaria y parecieron levantar un acta. Pero un hombre y una mujer que habían hecho el trayecto dentro del portaequipajes del enorme coche, se despegaron de él y anduvieron entre la oscuridad aquella media milla hasta llegar al sitio donde estaba sepultado el bloque de acero.

Una vez allí, trabajaron rápida y eficazmente.

Y en la más completa oscuridad.

Se notaba que eran dos verdaderos expertos.

«Mónica» y su acompañante alzaron la lápida y dejaron al descubierto el bloque de acero que había debajo. Ese bloque, que por su peso parecía macizo, no lo era en realidad tanto como su aspecto impresionante daba a entender. Precisamente el número seis marcado en él disimulaba el lugar realmente endeble por donde aquel bloque podía fracturarse. Y el hombre y la mujer se pusieron a trabajar en el mayor silencio, valiéndose de un soplete, cuyo resplandor quedaba anulado por un apagallamas.

Permanecieron así un largo rato.

Ella susurró:

—¿Crees que llegaremos a tiempo?

—Seguro que sí. Aún nos queda media hora de margen.

Cuando el soplete hubo mostrado el hueco, no profundizaron en él porque hubieran podido destrozar la «mercancía» que había dentro. Emplearon, por el contrario, un juego de largas palancas. Después de denodados esfuerzos, el bloque, que estaba muy bien construido para aquella operación en especial, se abrió en dos mitades.

Y dentro apareció algo que hubiera vuelto locos a todos los policías de los Estados Unidos.

Apareció Malone.

Apareció uno de los cuatro o cinco científicos más cotizados del mundo.

Apareció el hombre cuyos secuestradores jamás hubieran podido sacarlo de la Casa del Fuego Eterno, según creía el Servicio Secreto. El hombre quizá más protegido de todo el país.

Unos ojos ansiosos se clavaron en su figura. Unas manos trémulas fueron hacia su cuerpo.

* * *

Por supuesto, quizá haya llegado el momento de decir que Malone no estaba «fundido» ni mucho menos en el bloque de acero. Simplemente estaba metido o encajado en él, en su interior, como un muñeco dentro de un molde.

Sus manos estaban atadas y sus ojos vendados, de modo que resultaba casi imposible que supiera lo que habían hecho con él. Quizá su corazón se habría paralizado caso de saber que le habían metido en una tumba, pero se había ahorrado ese susto. Las cosas bien organizadas tienen esas ventajas. Le ahorran a uno los sobresaltos.

Los que le habían metido allí, sin embargo, habían necesitado tomar una precaución más: la precaución esencial, la más importante de todas, la que de ningún modo podía fallar. Malone, en efecto, tenía encajada sobre su cabeza una máscara antigás que comunicaba con dos bombonas de oxígeno colocadas entre sus piernas. Esas bombonas, de forma muy aplanada para que no hiciesen bulto, le garantizaban aire puro durante casi veinticuatro horas. Los secuestradores, por lo tanto, no habían agotado ni mucho menos el margen.

Pero el problema no era tan sencillo.

«Mónica» susurró:

—Lo peor era que podía respirar oxígeno, pero no eliminar el anhídrido carbónico de su propia respiración, que se iba acumulando en ese pequeño hueco donde está encajado su cuerpo. ¿Cuánto podía tardar en morir asfixiado?

Su acompañante meneó la cabeza.

—Ya te he dicho que disponíamos de una media hora. Hemos llegado con el tiempo justo —y añadió—: Arriba...

Entre los dos levantaron al hombre exánime que yacía en el fondo del bloque. En aquel momento, como por casualidad, el coche oficial pasaba junto al sitio donde estaban ellos.

No se detuvo.

Casi no hizo falta.

El «paquete» fue colocado en el interior, mientras el hombre y la mujer volvían sobre sus pasos. Con la mayor precaución, colocaron otra vez la lápida en su sitio, dejándolo todo como estaba.

Luego desaparecieron de allí.

Como sombras siniestras.

Como siervos escrupulosos de la muerte que hubieran hecho un trabajo perfecto.

CAPÍTULO V

LA chica se tensó una media.

La chica llevaba medias hasta la parte más contundente del muslo; medias de las que hacen enloquecer, y además sabía lucirlas. Con un gesto pícaro se bajó la falda, dando por terminada la instructiva exhibición, y luego se dirigió al tocador para arreglar un poco su hermosa melena que se le había desordenado después de una interesante serie de excesos amorosos.

Sus manos hábiles combinaron las puntas y las ondas como si fueran las de una peluquera profesional. Mientras tanto su expresión iba cambiando como si poco a poco los pensamientos dulces, los pensamientos sentimentales, se fueran apartando de ella. La pasión amorosa la había transformado, pero ahora volvía a ser una mujer fría, implacable, quizá ligeramente cínica. Cuando se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió con movimientos golosos, toda su cara de «buena chica» había desaparecido. Sus ojos implacables, grises y duros como dos bolas de acero, pasearon por aquella sórdida habitación de la Undécima Avenida mientras sus labios se plegaban en una indefinible mueca de asco.

—Johnny —dijo—, me das lástima.

El hombre que acababa de salir de la ducha, en el otro lado de la habitación, la miró sin ofenderse por aquellas palabras que podían ser tomadas como un insulto. La verdad —todo hay que decirlo— era que daba cualquier cosa menos lástima. En primer lugar había gozado de las caricias de aquella mujer estupenda, y en segundo lugar tenía el aspecto, la salud, la fortaleza y la energía de un campeón olímpico de lucha. Mientras se pasaba la toalla por encima de la potente musculatura, se encogió levemente de hombros y trató de sonreír.

Y aquí sí que se notó que su sonrisa era levemente cansada. Aquí

sí que se notó que aquel hombre creía ya en muy pocas cosas de esta vida.

—Bueno... —dijo—. Darte lástima es un mal menor. Al menos no te doy asco.

Deborah dejó su cigarrillo un momento. Volvió a pasear su mirada glacial —ahora que la pasión amorosa se había extinguido por puro cansancio— por aquella habitación de hotel modesto, de hotel cercano a los muelles, uno de esos hoteles donde los mafiosos de octava categoría reciben a las rameras del puerto y donde los dueños persiguen a tiros a los que tratan de largarse sin pagar la cuenta. Desde la ventana se distinguía solamente un panorama gris, desolador, roto por la cucaracha que circulaba perezosa por encima de las cortinillas. Para Johnny Preston, uno de los más eficaces colaboradores del Servicio Secreto, un hombre que se había alojado en los mejores hoteles del mundo y había actuado a los más altos niveles, aquella habitación de mala muerte era el símbolo de su fin como profesional, era la bandera negra de su más absoluto fracaso.

Deborah susurró:

—No volveré a venir aquí.

—Claro —dijo Johnny—, puesto que te vas a casar con Prince.

—Prince, al menos, tiene dinero —dijo despectivamente ella—. Está forrado, está podrido. Incluso cuando hace pis se podría obtener oro si alguien se entretuviera en destilar lo que echa. Todo lo que toca lo convierte en pasta, y cada vez que te da un beso es como si te extendiera un cheque contra el Chase Manhattan Bank. ¡Claro que me voy a casar con Prince, maldita sea! ¿Algo qué objetar?

—No, no... —dijo él, alzando un poco las manos, como si se rindiera—. Nada que oponer.

—Ah... Pensaba.

—Incluso me extraña que hayas venido aquí siendo su prometida.

—Quizá ha sido pensando que en otro tiempo te quise —susurró ella, mientras su mirada metálica se ablandaba de nuevo—. Quizá ha sido pensando que en otro tiempo fuiste un hombre. ¿Pero cómo has llegado hasta esto, Johnny? ¿Hasta este infame tugurio? ¿Por qué?

Él empezó a vestirse con movimientos un poco tristes, un poco

cansados, un poco indolentes, se abrochaba la camisa sobre su poderoso pecho cuando musito:

—Debe ser porque no tengo dinero.

—¿Y por qué no lo ganas? Tenías un camino fácil. Eras el campeón, el amo. Eras un tipo al que la CIA cuidaba como un rey.

—Sí —dijo él resignadamente—, un tipo al que la CIA pagaba bien. Yo sacaba la lengua como un perro obediente y ponían en ella un dólar. Pero todo tiene un límite, Deborah. Hasta los perros dejan de ser obedientes alguna vez. ¿Tú has oído hablar del «comité de los 40»?

—Claro. El que preside Kissinger, aunque de eso no se hablara hasta hace poco. El New York Times dio la noticia la semana pasada, me parece. Una de esas cosas confidenciales que a veces escupen los periódicos.

—Bien pues el «comité de los 40» se ha hartado de enviar agentes de la CIA a todas partes de Hispanoamérica para fomentar la subversión, para imponer y deponer gobiernos, para ahogar a según qué empresas, para dejar bien demostrado que nada puede existir en este continente si no es a la mayor gloria de los Estados Unidos y a mayor provecho de las empresas de Manhattan. Vi caer a muchos hombres, vi soltar muchas mentiras y pisotear muchos honores, hasta que al fin me cansé. Ya te he dicho que todo tiene un límite. Hice que dos de mis jefes tuvieran que comprarse dentaduras postizas y me echaron. Desde entonces navego aquí y allá, aunque si dijera la mitad de lo que se me darían tanta plata que podría cubrir esta habitación hasta el final de tus medias. Pero no lo haré. Aun quiero creer que sobre determinadas vergüenzas de este país debe guardarse silencio.

Y descolgó su americana de una percha robada en un café de Greenwich Village.

—Adiós, nena —dijo—. Que seas muy feliz con Prince. Y gracias por la sesión.

Se echó la americana sobre un hombro y salió.

Los ojos de Deborah se habían humanizado otra vez, se habían hecho suaves, tiernos y casi sentimentales. Pero eso duró un momento. Luego dijo, escupiéndole las palabras:

—¡Al diablo!

Salió detrás de Johnny Preston dejando aquella habitación

oscura, tiñosa, vil, donde sin embargo había vislumbrado por unos minutos toda la felicidad del mundo. Se enfrentó a la atmósfera densa, gris, de la Undécima Avenida, que huele a pizzería barata y a residuos del Hudson. Salió apenas un minuto después de Johnny, pero las cosas habían cambiado bastante en esos sesenta segundos.

Un flamante bólido azul se había parado delante del joven.

Y desde el interior, a través de las ventanillas, dos hombres le apuntaban con sus metralletas.

* * *

Uno de los gorilas dijo:

—Vamos, macho. Hay juerga.

Eso, en el argot profesional, quería decir bastantes cosas, pero Johnny solo entendió una: que iban a llevárselo de allí. Por lo tanto, dijo suavemente:

—Claro, chato.

Y metió mano.

¿Sabe usted lo que cuesta una decente dentadura postiza en los Estados Unidos? Bordea nada menos que los ochocientos dólares.

Bueno, pues el tipo de la ventanilla necesitó ochocientos dólares. Empezó a escupir cosas.

Maldiciones, saliva, pedazos de diente...

Johnny fue a meter mano otra vez.

Puesto a hacer un favor a un amigo, ya no venía de ochocientos pavos más o menos.

Pero el segundo tipo de la metralleta se movió también.

Clavó el cañón en el bajo vientre de Johnny.

Ese es un sitio la mar de delicado, sobre todo cuando uno aún no se ha jubilado del servicio activo.

Johnny se encogió transido de dolor.

Había sido un mal golpe.

Porque recambios para las cosas que hay en el bajo vientre no se las venden a uno ni siquiera en los Estados Unidos y ni siquiera por ochocientos dólares.

El conductor del bólido había salido también.

Le golpeó con la culata dos veces en la nuca. Johnny fue empujado al interior del bólido. Dos golpes más y saca la masa encefálica por la boca. Los de la CIA pegaban como bestias.

Deborah supo comprenderlo enseguida, pues hay cosas que distinguen a los facinerosos ilegales y los facinerosos legales. Pueden ser sus trajes de mejor calidad, pueden ser sus coches mejor cuidados, puede ser la tranquilidad con que actúan. Pero Deborah se dio cuenta inmediatamente de que aquellos buitres actuaban por cuenta del Tío Sam. Claro que, si llega a ser al contrario, el resultado hubiera sido el mismo. En la Undécima Avenida nadie se movió. Solamente un tipo dijo a Deborah, al ver que se llevaban a Johnny Preston:

—¿Hace falta un sustituto, nena?

Johnny Preston se frotó la nuca cuando ya rodaba por Riverside Drive en dirección a Grant Memorial. El tipo de al lado, el que iba a necesitar ochocientos pavos con urgencia, le estaba golpeando las costilla con la culata una vez y otra. El conductor se acordaba en voz alta de los padres de Johnny, de sus abuelos, de sus tíos. Hasta de una prima segunda que hacía la carrera por las calles de Alabama. No quedaba nadie Sin embargo, Johnny no se inmutó. Solo dijo:

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Aquella chica se estaba poniendo un poco pesada. Quería repetir.

El de la dentadura postiza dejó de golpearle. El conductor se olvidó de los padres, de los abuelos y de la prima segunda. A partir de aquel momento todo fueron mieles.

—Pero, hombre... —dijeron los dos a un tiempo—, para eso están los amigos... Cuando necesites ayuda de esa clase, con un telefonazo basta...

Johnny encajó las mandíbulas.

—¿Puedo saber adónde me lleváis? —preguntó secamente.

—Quedas detenido.

—¿Por qué?

—Contactos con agentes enemigos de los Estados Unidos. Eso, en un exfuncionario de la CIA, es un delito gravísimo.

—¿Contactos con agentes enemigos? Vosotros sabéis que esa es una cochina mentira que está necesitando por todas partes papel higiénico.

—Narices, muchacho. Tenemos declaraciones firmadas y la lista

de todos tus contactos. La gente ha hablado por los codos. Dentro de dos días puedes estar en la cárcel y dentro de dos meses puedes estar cumpliendo treinta años de presidio. La perspectiva que te aguarda es solamente esa. Nada de importancia, claro. Los de Hiroshima lo pasaron peor.

Johnny Preston encajó las mandíbulas.

Conocía muy bien aquello.

Por eso musitó:

—¿Cuál es el precio?

—¿Precio, muchacho? ¿Por quiénes nos has tomado? ¿Pero qué dices?

—Digo que el cuento es tan viejo como la CIA. Vosotros compráis a unos espías roñosos y de cuarta fila, los situáis en distintas ciudades, les ponéis en las manos un documento comprometedor y les decís que se les va a sacar del país sin daño alguno, con una sola condición: que escupan mi nombre como el del tipo que les ha dado el documento. Todo eso me lo sé de memoria y sé también que tiene un precio que he de pagar yo. ¿Cuál es?

El gorila de su izquierda dijo solamente:

—Priscille quiere verte.

Johnny suspiró con cansancio porque aquello equivalía a volver a los viejos tiempos, a los malos tiempos, a las épocas pasadas cargadas de suciedad y de mugre. Pero se aguantó. Uno que ha salido por las malas de la CIA, es como uno que ha salido por las malas de la Mafia. Está cumpliendo condena hasta que revienta. Plasta que se pudre.

—De acuerdo —dijo—. Priscille...

Priscille estaba esperándole en su lujoso despacho de abogado de la Avenida Siete, a la altura de Central Park. Priscille también llevaba unas medias bonitas, también las enseñaba y también hacía «chup, chup» con los labios al sonreír. Pero sus ojos eran siempre duros, eran siempre crueles, a diferencia de los de Deborah, que a veces se enternecían. Tenía un corazón tan duro como la placa de abogado que había en su puerta. Jamás la CIA hubiera podido soñar con una funcionaría más exacta, más cumplidora, más estrictamente fiel.

Miró con desprecio a los gorilas que habían traído a Johnny hasta allí. Eran basura de la que la CIA tiene que contratar como la

ha de contratar también la N.K.V.D. Pero ya se sabe que los servicios secretos más brillantes y poderosos se mueven sobre un inmenso mar de basura.

—Largo de aquí —dijo secamente—. Dejados solos.

Se sentó frente a Johnny.

Cruzó las piernas de *vedette*. Infló los pechos de anuncio maternal. Sacó un poco su lengua de víbora.

—Ya sabrás que yo te sustituí en la dirección del grupo —dijo.

—Sí, Priscille. Ya sé que tú, a diferencia de otros que debían estar muertos, eres una funcionaria fiel.

—No seas tan cruel contigo mismo, Johnny Preston. ¿A ti qué te importaban los asuntos de Iberoamérica?

—Solo me importaba una cosa, y era esta: aquella gente tiene derecho a vivir en paz. Y nunca admitiré que la dignidad de un pueblo se mida por el número de sus proyectiles con cabeza atómica.

Ella sonrió con indulgencia.

—Tonterías —dijo.

Y sus ojos pasearon por el enorme despacho, donde solamente un cono de luz alumbraba la zona en que estaban ellos dos. Johnny estaba seguro de que en la zona de sombras había alguien más, alguien que les escuchaba o quizá les estaba filmando. Pero se encogió de hombros porque sabía que había entrado en la ratonera y tenía que aceptar las reglas del juego. Como sabía que Priscille Ferguson no era en realidad una gran abogada, pero su despacho servía de magnífica tapadera para determinados asuntos del Gobierno.

Susurró:

—¿Dónde está el grano infectado? ¿En qué estercolero he de meterme para que luego me dejéis en paz?

—Es un asunto especial, Johnny. Un asunto que parece no tener solución.

—¿Y he de aclararlo yo?

—Cuando estabas en el servicio activo, aclarabas todos los asuntos con los que nadie podía. En el Pentágono, donde al fin y al cabo se deciden los asuntos de la CIA, piensan que solo tú puedes repetir el milagro otra vez.

—¿Qué clase de milagro?

Ella oprimió un botón por toda respuesta.

Otra amplia zona del despacho se iluminó. Dos hombres que habían estado hasta entonces ocultos, sentados en un diván del fondo, se pusieron en pie y avanzaron hacia Johnny Preston. Había en ellos esa rigidez, esa seriedad de los que han sido educados en West Point, aunque luego hayan caído en oficios infinitamente más bajos. De una forma maquinal se cuadraron al presentarse.

—Capitán Morris.

—Capitán Flanagan.

Johnny se presentó también.

—Cerdo Johnny Preston —dijo.

—Mucho gusto en conocerle, señor.

—El gusto no es mío.

Priscille dijo con una sonrisa llena de frialdad:

—Johnny es un tipo algo extraño, amigos míos. Un poco rebelde. Ya se lo advertí. Pero ahora háblenle, puesto que no se puede perder un minuto. Díganle quién es el doctor Malone.

Johnny entrecerró los ojos.

—No hace falta —dijo—. Lo sé.

Y enumeró con voz opaca todos los títulos, todas las dignidades, todas las sabidurías que se atribuían a Malone. Por fin terminó:

—Se decía que iba a venir a los Estados Unidos un día de estos.

Los dos capitanes le miraban con infinito asombro

Morris balbució:

—¿Cómo sabe todo eso? ¿Cómo sabe, en especial que Malone iba a venir a los Estados Unidos?

—Tengo mis contactos. Gentuza de los bajos fondos pero contactos al fin —dijo Johnny.

—Pues oiga esto —dijo Flanagan con voz entrecortada—. Óigalo bien, Preston. Es el caso más extraordinario de secuestro que se ha dado en la historia de los Estados Unidos.

Priscille echó la cabeza hacia atrás y dijo tranquilamente:

—No, el más extraordinario no.

—¿Pues cuál fue? —preguntó Morris, secamente.

—Johnny —dijo ella con la misma desvergonzada tranquilidad—, me tuvo cierta vez secuestrada tres días. Y qué tres días, machos...

Cuando hubo escuchado en silencio el relato de lo ocurrido, Johnny Preston reflexionó casi dos largos minutos. Luego musitó:

—Hay una serie de detalles que necesito aclarar. Según parece, alguien mató a Amudsen y lo hizo fundir en un bloque de acero para que ese bloque fuese sacado de la central atómica, ¿no?

—Sí. Esa fue la primera parte del secuestro. El primer paso sin el cual no podían dar los otros.

—¿Se sospecha quién pudo hacer eso?

—No. No hay todavía sospechas acerca de nadie.

—La máquina que marcó el número seis en el bloque, ¿quién la maneja?

—Es automática.

—Pero marcó dos números seis, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Está muy claro. Uno en el bloque donde quedó empotrado Amudsen. Otro en el bloque hueco donde salió Malone. Tenían que existir dos números seis

—¿Por qué piensa que Malone salió de allí en un aloque hueco?

—Es natural. Ustedes también lo piensan. No lo han dicho claramente, pero lo saben.

Morris asintió pesadamente.

—Es cierto —dijo.

—¿Cómo pudo marcar la máquina dos veces el mismo número?

—preguntó Johnny.

—Ya le hemos dicho que es automática. Una pequeña variación en su control hace eso posible.

—¿Ha sido hallado el bloque en cuyo interior está fundido el ingeniero Amudsen?

—Sí. Apareció con otros que estaban fuera de control. En el lugar donde lo habíamos dejado primeramente encontramos otro idéntico y con el número marcado. No dudamos de que era aquel y, por lo tanto, lo sacamos al exterior para darle sepultura en Arlington. La más extraña sepultura del mundo, por cierto. Pero era lo que querían los secuestradores. Así Malone era sacado de La Casa del Fuego Eterno.

Johnny Preston se levantó y dio unos pasos por la habitación. Estaba tan preocupado que ya ni siquiera se fijaba en las suculentas

piernas de Priscille, mostradas tan generosamente. Fue hasta el fondo de la habitación y volvió mientras decía:

—¿Han buscado en la tumba de Arlington?

—Sí.

—¿Y qué había en ella?

—El bloque hueco en el que salió Malone. Supongo que emplearon ampollas de oxígeno y una careta, pero además debieron trabajar calculando hasta los minutos. Nuestros técnicos están ahora preparando un informe sobre todo eso.

—¿Alguien entró en Arlington por la noche?

—Sí, un coche que llevaba las insignias del Departamento de Estado. Era falso, naturalmente. Las huellas de sus neumáticos están en todas partes, pero corresponden a un coche robado que ha aparecido ya. Dentro no hay huellas ni hay un solo indicio. He de reconocer que no tenemos en este momento ni la menor pista.

—¿Y por eso me han hecho intervenir a mí?

—Sí. En el propio Departamento de Estado nos lo han dicho. Usted es el hombre de los casos imposibles.

—Pero ya no trabajo —dijo Johnny secamente—. No trabajaría por nada del mundo.

—¿De veras? —preguntó Priscille tranquilamente.

Y se subió la falda un poco.

Johnny tragó saliva.

—Bueno, puede que trabaje —musitó.

Fue hacia un mueble bar bien surtido que había al fondo y se sirvió un generoso trago. Ya que pagaba el Gobierno, al menos había que aprovechar, luego miró fijamente a Morris y a Flanagan.

—No me ayudan demasiado —dijo—. Yo podré ser, según dicen, el hombre de los casos imposibles, pero nadie trabaja sin tener al menos una pista.

—Quizá la llegue a tener —dijo Flanagan.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Depende del propio Malone.

—¿En qué sentido?

—Le cambiamos su anillo. No sé si usted habrá oído hablar alguna vez de un aparato como ese.

—Claro que he oído hablar —dijo Johnny sin mirar a ningún punto en concreto—. Una emisora diminuta que emplea microondas

especiales puede transmitir la voz, aunque sea un susurro. Y si el sujeto no puede hablar, cualquier presión de sus dedos sobre el anillo lo hace funcionar por sistema Morse. ¿Es eso lo que han dado a Malone?

—Sí. Y esperamos que funcione.

—Funcionará —opinó Johnny—. En cuanto ese hombre se restablezca un poco, en cuanto salga del shock que ha debido producirle el terrible encierro, empezará a transmitir. ¿Cuántos puestos de control hay a la escucha?

—Aunque le parezca mentira, hay más de doscientos. Incluso estando a bordo de un avión, captaremos su llamada. Y cuando esta se produzca, por breve que sea, se lo comunicaremos a usted, señor Preston.

—Pero, ¿pueden captar el sitio de donde la llamada procede? ¿Los puestos de control tienen medios para eso?

—Depende de la intensidad de la señal. Si esta es larga y fuerte, podemos hacerlo. De lo contrario, será imposible. Pero oiga bien esto, Preston: ¿por qué demonios cree que hemos buscado a un hombre de misiones imposibles? Si pudiéramos localizar en todos los casos el lugar de la llamada, no habría problema. Enviábamos allí todas nuestras fuerzas y en paz. Usted sabe que cada uno de nuestros gorilas profesionales es capaz de comerse vivo a un negro bantú y ni se entera. Pero no se trata de eso. Hay que localizar el agujero donde esté Malone y hay que sacarlo vivo de él. Con gorilas y con puñetazos no se conseguirá nunca eso.

Johnny dijo suavemente:

—Claro...

Y fue a salir.

Pero en la puerta se detuvo, mientras volvía la cabeza y gruñía:

—Necesito un anticipo,

—¿Para qué?

—Para whisky.

Priscille se levantó y sacó un abultado fajo de billetes del interior de la mesa. Los puso al alcance de las manos crapulosas de Johnny.

—Toma —dijo—. Ensúciate con el dinero del Tío Sam. Empapúrrate otra vez de él. Trágalo.

Johnny lo tomó y fue de nuevo hacia la puerta, pero vio que la

chica se había sentado incitantemente en el borde de la mesa. Tan incitantemente que se quedó quieto mirando fijamente el punto en que las medias se hacían más oscuras, más incitantes.

—Creí que necesitabas dos anticipos —dijo ella—. Hasta ahora solo has cobrado uno.

—Y si pido otro, ¿quién me lo dará?

—Yo misma.

Johnny se encogió de hombros y volvió al centro de la habitación. Hizo una seña a los dos capitanes para que se largaran y luego susurró, encogiéndose de hombros:

—Bueno... Al fin y al cabo, no tengo tanta prisa...

CAPÍTULO VI

CUANDO MALONE empezó a recobrar la conciencia de sí mismo, se dio cuenta de una serie de cosas inquietantes; en primer lugar su corazón latía con una rapidez desacostumbrada, señal inequívoca de que le habían inyectado un tónico muy fuerte para hacerle salir de un mal trance; en segundo lugar, estaba atado de pies y manos, amordazado y con una venda en los ojos. Era un auténtico paquete. En tercer lugar, todo el cuerpo le dolía, como si hubiera estado mucho tiempo inmóvil en un precario encierro.

Estas observaciones llegaban como datos aislados a su cerebro acostumbrado a pensar. Y su cerebro fue fabricando, con todos ellos, una especie de visión de conjunto que le permitió darse cuenta de muchas cosas más. Por ejemplo, que viajaba a poca velocidad en una embarcación a motor y sobre una superficie de aguas muy quietas. Por ejemplo, que había alguien junto a él, porque captaba de vez en cuando el movimiento de sus pies. Y, por ejemplo, que faltaba poco para el amanecer, porque el frío que sentía sobre su cuerpo solo podía ser debido al relente que cae sobre las cosas al aire libre cuando se inicia un nuevo día.

Con ello Malone se hizo una impresión de conjunto, pero eso no le daba aún una base para actuar. Esperó todavía unos instantes hasta que se atrevió a explorar con sus dedos a ver si tenía el anillo.

Lo tenía.

Allí estaba no solo su salvación, sino el sistema para capturar a sus misteriosos secuestradores. Estos no sabían que, al capturarle a él, habían capturado en realidad una bomba de relojería que podía estallarles en las manos de un momento a otro.

Hizo lo posible para no moverse, como si siguiera sin sentido, y eso le permitió escuchar mejor los ruidos que se producían en torno suyo. Notó que había al menos otras dos personas con él en la

embarcación. Esta avanzaba a muy poca velocidad, seguramente para no hacer ruido ni levantar espuma, y el agua que cortaba seguía siendo muy quieta.

Intentó reflexionar.

¿El Hudson?

No. El Hudson es un río bastante turbulento. Hubiera hecho cabecear más la barca.

¿El Harlem?

Aunque con un caudal mucho menor que el del Hudson, el río Harlem pasa por sitios tan habitados que ni un loco se hubiera atrevido a exhibir por él al hombre más buscado del mundo. Podía ser el Potomac, pero este tiene también las aguas bastante movidas. Al fin pensó que, durante su forzado sueño, le habían transportado a uno de los lagos interiores que tanto abundan en los Estados Unidos. Probablemente le habían llevado en avión a un lago de Luisiana. Son los más quietos del país.

La voz dijo entonces a su lado:

—¿Se va recobrando?

—No. Está quieto como antes.

—Di que giren. Ya estamos llegando.

—Hum... Este timón es demasiado corto.

En efecto, la barca se inclinó un poco, como si tomase un viraje muy cerrado. Malone comprendió que iban a llegar a tierra firme. Dedujo también, por el comportamiento de la embarcación, que esta debía ser poco más que una barca para pesca deportiva. Poca cosa.

Eso indicaba también que le habían llevado a un lago muy tranquilo y donde no existía temor de que jugasen una mala pasada las aguas.

Sus dedos buscaron el anillo, puesto que ya empezaba a saber bastante. Y comunicó por Morse los primeros datos:

«Aquí Malone... Aquí Malone... Estoy en barca pequeña... Embarcación tipo pesca deportiva... Timón exterior a popa... Unas cuatro o cinco personas de capacidad... Navegamos por aguas muy tranquilas, probablemente un lago interior o un río muy pequeño... Ignoro situación... Transmitiré más datos.»

Este mensaje, que para un telegrafista no hubiera sido gran cosa, le dejó a él completamente exhausto. Hacía mucho tiempo que no

practicaba el Morse y no estuvo seguro de haberlo transmitido todo bien, pero calculó que los encargados del caso ya suplirían las deficiencias. En todo caso, la posibilidad de que aquel mensaje llegara a su destino le llenó de renovadas esperanzas.

Mientras tanto la barca ya se había detenido.

Chocó levemente contra lo que hubiera debido ser un embarcadero de madera o la pared de un muelle. Pero, por el sonido, Malone se dio cuenta de que no era así. Su pequeña barca acababa de chocar... ¡contra un objeto metálico!

Malone comprendió que iban a trasladarle a una embarcación más grande, lo cual indicaba que no estaba en un lago, en contra de lo que había pensado, pues en un lago la embarcación más grande no tendría salida. Todos sus sentidos se aguzaron con una brusca sensación de alerta.

Notó que lo izaban.

—Cuidado con él...

—Arriba...

—¿Sigue sin sentido?

—Claro... Es un puro fardo...

Lo depositaron en una superficie metálica. Los pasos al torno suyo también sonaban sobre planchas de hierro.

¿Qué diablos de embarcación era aquella? Porque todas las embarcaciones tienen la cubierta de madera, y esta no. Esta la tenía de hierro. ¿Dónde estaba?

Pronto empezó a entenderlo mejor. Las voces que sonaban en torno suyo se lo aclararon con una rapidez casi mágica.

—Abrid la escotilla de proa.

—¿Podemos bajarlo por la escalera?

—No, claro que no. Habrá que deslizarlo poco a poco, mientras se le sujeta por los pies. Abajo lo recibirá con cuidado uno de nosotros.

—¿Y si recobra el sentido mientras tanto?

—No llegará a darse cuenta de dónde está. Desde su lugar tampoco oír el ruido de las máquinas.

—¿Y el de los generadores de aire?

—Tal vez, pero eso no le dará ninguna pista.

—No olvides que es ingeniero. Y uno de los ingenieros más inteligentes del mundo.

—Bueno, tal vez llegue a adivinarlo, pero eso de poco le serviría. Dentro de poco estaremos muy lejos de la costa. Y ahora menos palabrería. Hay que bajarlo cuanto antes, porque cualquier hidroavión de la Marina puede patrullar por aquí de un momento a otro. Los guardacostas también deben estar advertidos. Vamos. Sujetadle...

Malone sintió que lo tomaban por los pies y por debajo de las axilas. Pero también notó algo más: que un sudor helado resbalaba por su cara.

Ahora lo había comprendido.

¡Estaba en un submarino!

¡Y de allí no lo salvaría nadie!

Intentó serenarse y comprobar con rigor científico sus reacciones físicas: no tenía hambre, lo cual indicaba que había estado pocas horas sin conocimiento. En consecuencia, no habían podido trasladarlo a la costa del Pacífico, y por lo tanto seguía en la del Atlántico, seguramente en una bahía cerrada porque el mar estaba excepcionalmente en calma.

El submarino no era atómico, sino convencional, porque habían hablado del ruido de los motores. Tampoco debía ser muy moderno, ya que una organización clandestina, por poderosa que fuera, solo podía disponer de un submarino de desecho. Por supuesto, no se trataba del submarino de una potencia extranjera, puesto que en este caso tendría una numerosa tripulación y habría captado más movimiento en torno suyo.

Mientras estos pensamientos se acumulaban en su cerebro, empezó a transmitir de nuevo. Ahora ya se había acostumbrado al Morse y lo hacía con más facilidad. Indicó que estaba en un submarino convencional, situado casi con seguridad en una bahía muy cerrada de la costa atlántica; que en el lugar donde se encontraba, la temperatura era de unos doce grados centígrados; es decir, hacía bastante frío. Notaba el relente de la madrugada y un viento que llegaba del sur. Calculaba la dirección del viento porque alguien acababa de decir que el buque estaba encarado al norte, a él lo estaban metiendo por la escotilla de proa y el viento llegaba de la dirección justamente contraria.

Dejó de transmitir.

Sabía que los datos proporcionados no eran muchos, pero los

expertos de la Marina sacarían de ellos un gran fruto. En la costa atlántica no debía haber más de una docena de bahías muy abrigadas, en las que el viento soplara en aquel momento del sur y donde la temperatura fuera de unos doce grados centígrados. En menos de cinco minutos, doce aviones y doce lanchas rápidas podían presentarse en cada una de las doce bahías sospechosas. Con un poco de suerte, la batalla de su liberación estaba ganada.

Por lo tanto, descansó.

Se relajó hondamente mientras lo situaban en una litera, considerándolo aún sin sentido.

Su corazón volvía a latir con normalidad.

Ahora solo faltaba que tardaran algo en sumergirse y les cogerían con las manos en la masa. Y la verdad era que el submarino no parecía tener, por el momento, la menor prisa en desaparecer bajo las aguas.

Malone empezó a contar los minutos con cierta secreta desesperación que le destrozaba los nervios.

CAPÍTULO VII

PRISCILLE se tensó también una media. Lo hacía con tanta gracia como Deborah, y sus piernas eran de una similar calidad: unas piernas rotundas, llenas y que en cualquier lugar del mundo hubieran podido decir: «Aquí estamos, para lo que gusten mandar ustedes». Y, puestos a mandar, la gente no hubiera acabado en seis meses.

Johnny pensó que era un desgraciado.

¿Cómo podía decidirse por Deborah si tenía también a una chica como Priscille? ¿Quién le sacaría de la horrible duda?

En todo caso fue a probar de nuevo. Ya se sabe. En cuestión de mujeres, y para no equivocarse, uno tiene que comparar una vez... Otra vez... Otra vez...

Pero, cuando se lanzaba al asalto, sonó el teléfono.

Priscille, a la que podía considerar su jefe, lo descolgó.

—Es de nuestra jefatura —dijo—. De Control Superior.

En efecto, Control Superior hacía saber a Johnny Preston que debía presentarse inmediatamente en el puesto de escucha de Columbus Avenue. El puesto de escucha de Columbus Avenue parece una vulgar emisora de radio dirigida por muertos de hambre, pero todos los hombres de la CIA la conocen bien. Es una de las más insignes tapaderas del mundo.

Johnny tomó su americana y salió hacia la puerta.

—Lo siento, nena —dijo—. Otro día tendré más suerte.

—La suerte la tendremos los dos. Yo también estoy metida en esto.

—¿Qué quieres decir?

—Que te acompaño. Lo que tengan que decirte en Columbus Avenue también debo saberlo yo.

En la falsa emisora de radio había una actividad de hormiguero

a aquellas horas del amanecer. Un enorme mapa de la costa atlántica ocupaba toda una pared y en torno a él se movían los agentes expertos en Marina. No eran expertos por casualidad, puesto que todos habían llegado a la CIA procedentes de altos cargos de la Flota. Un cerebro electrónico calculaba datos, temperaturas y frecuencias y direcciones del viento. Los lugares donde podía estar el submarino, según indicaron a Johnny, eran seis. Seis solamente en todo el litoral atlántico de los Estados Unidos.

El vicealmirante Sturgess, jefe de la operación, le miró con ojos donde había un profundo desdén, una inescrutable pena y una indefinible náusea.

—No sé por qué le han llamado aquí —dijo—, ya que en realidad todo lo vamos a hacer nosotros. Me limito a cumplir con mi obligación al informarle, puesto que parece que le han nombrado a usted para llevar este caso a su manera. Dicho esto, le aconsejo que se siente y lea una revista. Buenas noches.

Y le volvió ostensiblemente la espalda.

Estaba claro que no le caía bien un agente de la CIA, expulsado poco antes por simpatizar demasiado con los países de Iberoamérica.

Su mueca de asco se hacía cada vez más intensa.

Johnny susurró sin ofenderse:

—¿Han recibido mensajes?

—Sí, dos.

—¿Puedo verlos?

—Claro. El sitio donde están ahora es la cinta perforada de la computadora. ¿Sabe interpretarla?

—Sí.

—Pues trabaje.

Johnny comprendió que no querían darle ninguna facilidad, pero se aguantó. Al fin y al cabo, él no se había metido en aquello; le habían metido. Interpretó velozmente la cinta y consultó los datos complementarios que había dado la máquina. Imposible determinar el origen de la señal porque esta era muy débil, pero desde luego procedía de un sitio cercano a Nueva York. Esa era, al menos, una pista segura.

Johnny se volvió hacia el vicealmirante Sturgess,

—Los datos de la temperatura y la dirección del viento son muy buenos —dijo—. Solo un ingeniero como Malone podía enviarlos con tanta precisión. ¿Cómo piensa actuar en esos seis puntos?

—He enviado aviones y lanchas rápidas —dijo.

—Desarmadas, supongo.

—Pero ¿qué dice?

Johnny repitió:

—Desarmadas, supongo.

Sturgess le miró con una explícita mueca de asco.

—Mire, joven, cuando uno envía lanchas rápidas a algún sitio no es para disparar con un tiragomas. Todas esas embarcaciones van provistas de cargas de profundidad.

Johnny palideció mortalmente.

—Es usted un cerdo —dijo.

—Pero ¿cómo se atreve a...? ¿Usted, un perro expulsado a puntapiés, me habla de esa manera? ¿Quién infiernos le ha nombrado? ¡Hable! ¡Quiero saber quién ha metido a un traidor en este asunto de hombres honrados! ¡Escúpalo de una vez! ¡Necesito saberlo!

Priscille dijo con gesto conciliador:

—Johnny es un especialista, Sturgess. Le ruego que se calme. Él habla así porque la primera orden que ha recibido es la de que Malone sea recuperado vivo. Y nadie tiene grandes posibilidades de seguir vivo si se le «salva» con cargas de profundidad.

Sturgess fue a lanzar una maldición, porque ni ese argumento admitía. Pero en aquel momento llegaron noticias. Uno de los puntos luminosos, correspondiente a una pequeña bahía llamada Banehilt, se encendió y apagó varias veces.

—¡Informe! —gritó casi fuera de sí el vicealmirante, puesto de bruces ante el micro—. ¡Informe!

Una voz gangosa dio la noticia:

—Localizado submarino en la bahía de Banehilt. Lleva luces apagadas y no pertenece a la Flota. Se trata de un viejo «U» alemán comprado como chatarra, pero parece funcionar bien. En este momento realiza la inmersión mientras navega a diez nudos hacia el mar libre. Lo estamos sobrevolando. Esperamos órdenes...

Sturgess aulló:

—¡Adviértanle que se detenga o descargarán contra él toda su

potencia de fuego!

—No es posible, señor. No podemos establecer contacto por radio con él, ni creemos que capte nuestras señales luminosas.

—¡Pues orienten una lancha rápida sobre él! ¡Y que le vaya siguiendo la pista con el sonar!

—De acuerdo, señor. Vamos a pasar a la acción. Corto.

La lucecita dejó de emitir señales intermitentes. A aquel enorme panel de pared volvió una relativa calma.

Johnny musitó:

—Necesito un caza para ir yo mismo a la bahía de Banehilt.

—¿Un caza? Pero, ¿usted sabe pilotarlo? —gruñó Sturgess.

—Claro que sé. No me hubiera metido en cien líos por cuenta de este amable Gobierno, si no supiera hacer una cosa tan sencilla.

Sturgess hizo una mueca, como si le hubiera sentado mal la comida.

—Vaya al campo militar de Bay City —dijo—. Daré orden por radio para que le presten lo que necesita, Pero no se haga demasiadas ilusiones, porque no tendrá un aparato nuevo ni un aparato moderno. A lo mejor lo estropearía.

Johnny no hizo ningún comentario. Chascó dos dedos y salió a toda prisa de allí.

En la central de Columbus le facilitaron una moto para poder sortear mejor el tráfico, y con ella se dirigió a gran velocidad hacia Nueva Jersey a través del Lincoln Tunnel. Cuando llegó a la pequeña base de Bay City todo estaba dispuesto para que pudiera emprender el vuelo: un equipo de piloto, una hoja de ruta y un viejo «Sabre» de entrenamiento que no hubiera querido ni un piloto de primer curso en la Academia Militar Pero Johnny no tenía más remedio que aguantarse si quería hacer algo para sacar a Malone de aquel atolladero.

Se cambió en un instante, consultó el mapa que acompañaba a la hoja de vuelo y comprobó que el «Sabre» no tenía ninguna clase de armamento. En el caso de que el submarino dispusiera de una ametralladora antiaérea, se iba a ver metido en un buen lío. Puso el reactor en marcha y salió disparado hacia el Atlántico por encima del Hudson y luego bordeando los rascacielos de Manhattan.

Había amanecido ya del todo y el panorama era maravilloso, tanto que millones de turistas hubiesen abierto, al verlo, la boca en

forma de «O». Pero Johnny no tenía tiempo para dedicarse a cosas bonitas, sino para tratar de llegar cuanto antes a la bahía de Banehilt. Esta se halla apenas a cien millas al sur de Nueva York y es pequeña, pero resguardada, por lo cual algunas embarcaciones deportivas la emplean a veces. También se decía que, durante la Segunda Guerra Mundial, algunos submarinos alemanes habían llegado a meterse en ella.

La clara luz del día y la escasa profundidad de las aguas le permitieron distinguir el submarino, que había terminado ya la maniobra de inmersión. Como estaba en una bahía poco profunda, se encontraba cogido en la trampa en que cayeron tantos hermanos suyos durante la guerra: desde el aire se le veía como a través de un espejo.

La lancha rápida que había hecho la localización estaba materialmente encima de ellos. Desde el nivel del agua no podía verlo, pero lo seguía perfectamente con el sonar. Lo tenía tan claramente localizado que era imposible que se le escapase, a menos que el sumergible lograra llegar a aguas más profundas. Pero las aguas más profundas estaban apenas a diez millas; era muy posible que lograra alcanzarlas.

En aquel momento Sturgess observaba con la mayor atención, en el centro secreto de Columbus Avenue, una enorme carta marina que también ocupaba gran parte de la pared. Una ojeada le había bastado para darse cuenta de aquella circunstancia: el submarino estaba perdido, pero quizá lograría escapar si llegaba a aguas más profundas. Y que se dirigiría a ellas estaba fuera de toda duda.

El capitán de la lancha rápida pidió entonces órdenes a través de la radio.

—Es posible que perdamos contacto dentro de unos minutos, señor. ¿Qué hacemos en ese caso?

—Lancen una carga de aviso.

—Hay aún poca profundidad, señor. Podríamos dañar al submarino seriamente.

—Pues si espera unos minutos más, habrá demasiada profundidad para alcanzarle. Ese tipo de submarinos se sumergen bastante más de lo que este ha hecho hasta ahora. ¡Lance la carga, he dicho! ¡Obedezca!

La lancha lo hizo.

Descargó muy al flanco del submarino, tratando de no dañarle, solo para que los hombres que lo dirigían supieran que los de arriba estaban decididos a todo.

Johnny apreció desde el aire la inmensa espiral de espuma que se formaba en el mar. Lanzó una salvaje imprecación. Se dio cuenta de que otra carga podía acabar con el sumergible y, en consecuencia, con el doctor Malone. Era absurdo resolver aquello *manu militari*, como si aún estuviesen en Corea o en las aguas del Golfo de Tonkin.

Se acordó de la madre del vicealmirante Sturgess.

Pero no era él el único que había lanzado una imprecación. Otro hombre sentía en aquel momento dentro de sus propias entrañas la presencia de la muerte.

* * *

Malone oyó la explosión desde su cabina. Aunque seguía atado, amordazado y con una venda en los ojos, podía darse cuenta por los sonidos de todo cuanto ocurría en torno suyo. Y aquel zumbido creciente, obsesionante, largo, que parecía llenarlo todo, era evidentemente una carga de profundidad. Él las conocía bien.

Alguien gritó muy cerca:

—¡Ha estallado a mil yardas!

—Entonces es que no quieren alcanzarnos. Se trata solo de una carga de aviso.

—Pero pueden enviarnos otra... ¿Qué hacemos?

—Hay que llegar a aguas más profundas. Es la única salida.

—Es que nos tienen localizados... Si nos lanzan otra, nos hunden para siempre...

Malone también se daba cuenta de la situación. Aunque era como una estatua atada de pies y manos, aunque no podía ver y sí solamente oír, le cabía el recurso de enviar un mensaje desesperado en busca de ayuda. Por lo tanto, presionó febrilmente el anillo con sus dedos parcialmente libres.

Unos instantes después, un puesto de escucha situado en el mismo Nueva York captaba con claridad inusitada el mensaje. Inmediatamente lo trasmitió al puesto de mando de Columbus.

—Un mensaje de Malone, señor —dijo la voz gangosa a través del micro—. Urgencia especial... Un mensaje de Malone, señor...

Transmito.

Sturgess dijo secamente:

—Transmita.

—El mensaje dice: «Atrapado en submarino. No lancen más cargas de profundidad. Malone.»

El vicealmirante apretó los labios.

Sus ojos obsesionados siguieron en el panel luminoso la marcha del submarino, que se acercaba a las aguas más profundas a una velocidad de seis a ocho nudos. Si llegaba allí no podría decirse que había escapado, ni mucho menos, pero lo cierto era que su captura se haría mucho más difícil. Incluso se acercaba una tormenta, lo que comprometería la labor de las lanchas rápidas. Y los destructores que él podía mandar desde Norfolk, por ejemplo, llegarían al lugar de la cacería demasiado tarde.

Hizo un gesto de brutal decisión.

Él era un hombre a la antigua usanza. Lo único que deseaba era el éxito, aunque fuera un éxito parcial, sin importarle las vidas humanas.

La voz llegó insistente hasta él desde la lancha rápida:

—No se detiene, señor... No se detiene... Faltan tres millas para que pueda ganar profundidad...

Sturgess aulló:

—¡Destrúyanlo! ¡Lancen cargas!

La lancha obedeció la orden. Desde el aire, Johnny vio con horror que tres enormes flores blancas se abrían en el agua. Las tres estallaron materialmente junto al submarino, dos a los costados y una a popa.

El sumergible desapareció materialmente.

Se desintegró.

Se convirtió en un amasijo de hierros retorcidos que el mar dispersó en todas direcciones.

Con ojos desorbitados, contempló la tragedia.

No encontrarían jamás el cuerpo de Malone ni los de los hombres que iban con él. No encontrarían nada. Uno de los cerebros más importantes de Estados Unidos había desaparecido. Se había convertido en nada. Como máximo, en algo parecido a un puñado de algas.

Las mandíbulas de Johnny Preston estaban desencajadas. Se

olvidó incluso tanto de los mandos del aparato que por poco se hunde en las aguas. Cuando regresó a Bay City, apenas tenía reflejos y sus movimientos eran los de un autómata.

Por desgracia para él, aún llegó a tiempo a la sede secreta de Columbus Avenue.

Y por desgracia para el vicealmirante Sturgess.

Este necesitó ochocientos dólares con la máxima urgencia.

No hace falta preguntar por qué.

CAPÍTULO VIII

HASTA el día siguiente, bien entrada la mañana, Johnny Preston no pudo abandonar la celda en que le habían recluido, y cuando la abandonó llevaba dos cosas en el bolsillo: un telegrama de un afamado dentista de Nueva York, dándole las gracias por la rapidez con que estaba aumentado su clientela. Y un escrito de un afamado juez de Nueva York citándole para siete días más tarde, a fin de comparecer en un juicio por agresión en el que él iba a jugar el distinguido papel de acusado. No todos los días le rompe uno los dientes a un vicealmirante. Y los dientes de un vicealmirante — ¿quién iba a decirlo?— pueden costar de ochocientos a mil dólares y tres años de cárcel.

Johnny se frotó los ojos al salir.

El sol casi le hacía daño después de la oscuridad en que había estado recluido.

Por unos momentos, en la calle ancha y solitaria solo vio manchas.

Y una de aquellas manchas se convirtió poco a poco en una chica alta, opulenta, torneada, que venía hacia él con un lento «aquí estoy» de sus caderas macizas.

Johnny dijo con asombro:

—Deborah...

—Me habían contado que otra vez estabas en un lío, Johnny... Eso ya no es ninguna novedad para mí, de modo que he pensado que una chica que tiene bastante pompis puede servirte de ayuda.

Y se dio un prometedor cachete en aquel sitio del que ella misma había dicho que tenía bastante.

Johnny entrecerró los ojos.

—Creí que ya te habías casado con Prince, Deborah.

—Prince puede esperar.

—¿Con todo su dinero?

—El dinero hace más cortas las esperas, pero de todos modos me parece que el tío se va a cansar y acabaré perdiéndole. En fin, ¿vienes?

—¿Adónde?

—No a tu cochino hotel de la Undécima Avenida, de donde incluso te habrán echado por falta de pago. Desde ayer tengo una habitación alquilada en la zona de Washington Square. *Hippies*, predicadores baratos, proxenetas de ocasión y mujeres calvas que hacen la carrera con su última peluca comprada a plazos. Ya sabes lo que es Washington Square. Pero una se olvida de todo eso cuando cierra la ventana y bebe una copa con un chico que le gusta.

—Dudo que yo guste a nadie, Deborah.

—Oye, ¿es cierto lo que me han dicho de que le partiste los dientes a un vicealmirante?

—Me temo que sí.

—Pues estarás en excelente situación para que te admitan otra vez en el servicio secreto...

—Me habían dado una oportunidad y yo la he enviado al agua. Lo más fácil es que me claven tres años de cárcel la semana que viene, aunque a los seis meses me concedan la libertad bajo palabra. Soy un hombre acabado en todo. Ya no voy a tener en mi vida la menor ocasión de volver a flotar.

Deborah hizo un gesto con los labios y se señaló a sí misma como diciendo: «Bueno, al fin y al cabo no lo tienes todo perdido, chico. Aún te quedan algunas propiedades...» Un instante después preguntó:

—¿Qué dice a todo esto la segunda zorra?

—No te entiendo, Deborah.

—Pues es muy sencillo, hombre: la primera zorra soy yo. La segunda es la mujer a la que fuiste a ver para que te diera instrucciones. ¿Cómo se llama?

—Priscille.

—¿Tu jefa?

—Al principio éramos solo compañeros. Luego me convertí en su jefe de grupo. Pero cuando me expulsaron, ella subió pronto y ocupó mi puesto.

—¿Y qué dice después del cambio de dentadura marítima que

hiciste ayer?

—Ha dicho una sola cosa.

—¿Cuál?

—Que me muera.

Deborah rio con su risa sana y un poco estridente, mientras abría las portezuelas de su «Chevrolet» ya pasado de moda. Mientras conducía susurró:

—Lamento estar de acuerdo en algo con esa mujer.

—¿En qué estás de acuerdo con ella?

—En que debes morirte.

—¿Por qué?

—Porque así no tendré ocasión de matarte yo.

Quiso demostrarlo un poco más tarde, cuando estaban en su pequeño apartamento de Washington Square. Quiso demostrarlo del modo que las mujeres demuestran las cosas: pasando a la acción directa. Por supuesto que con aquellos viejos métodos de la madre Eva, una mujer tan poderosa como ella liquidaba a un tío en tres minutos.

Pero —cosa extraña— Johnny no colaboró. Parecía tan abrumado como si la muerte de Malone fuese para él un fracaso absolutamente personal, algo que cambiaba del todo su vida. Ni aun después del segundo whisky consiguió «entrar en razón».

Tenía las manos levemente temblorosas. La mirada perdida.

Deborah fue comprensiva, como en realidad lo había sido siempre. Musitó:

—No has llegado a encajarlo, ¿verdad?

—No, Fue un vulgar asesinato.

—Pero así Sturgess no fracasó, mientras que si los secuestradores de Malone hubieran escapado con él le habrían acusado de negligencia. A los hombres como él no les importa que les acusen por una docena de muertes; lo que les molesta es que les acusen por un descuido. En fin... ¿ha aparecido el cuerpo de Malone?

—No.

—¿Y los de los otros?

—Simples pedazos.

—¿Se sabe quiénes eran?

—Ahora están identificando los restos, pero parece que se trata de gente de la Mafia. En especial traficantes de drogas. De todos

modos no hay nada seguro aún.

—Los periódicos no han publicado nada. La televisión no ha dicho una palabra tampoco...

—Es que el hecho ocurrió en alta mar, y las autoridades se han ocupado muy mucho de ocultar la noticia. Sobre el secuestro de Malone se ha guardado un discreto silencio. Nadie sabrá nada, hasta que inevitablemente algún periodista audaz investigue y la noticia se vaya filtrando poco a poco.

—¿Watergate?

—No te entusiasmes; esto no terminará así. En todo caso puede caer un vicealmirante, lo que no es gran cosa. Pero antes habré caído yo.

Y se sirvió un tercer whisky con la mirada perdida. Había algo raro en él. No era el hombre de antes, él que se había echado a la espalda todos los fracasos, todos los problemas. Ahora estaba hundido.

Deborah musitó, comprensiva como siempre:

—¿Qué te pasa?

—No sé. No sabría explicarlo. Pero mis pensamientos y mi instinto me dicen que hay algo que no encaja.

—¿Qué es lo que no encaja?

—¿Y cómo puedo saberlo? Es solo un pensamiento confuso... Pero juraría que no encaja lo de la Mafia. Si los que estaban en el submarino eran, en efecto, miembros de esa organización, la cosa no acaba de cuadrar.

—¿Por qué?

—Los de la Mafia no secuestran científicos de talla mundial. No es lo suyo. Tampoco mezclan esa clase de asuntos con el tráfico de drogas. Son detalles que no acaban de encajar bien.

Deborah trató de sonreír.

—Tú me habías dicho muchas veces que las cosas suelen ser así, Johnny. Que uno ya no debe sorprenderse de nada. Uno cree que lo blanco es blanco y de pronto descubre con horror que toda la vida ha sido negro.

Johnny asintió con un gesto de cabeza.

Estaba haciendo esfuerzos desesperados para pensar que, en efecto, era así, que uno tiene en esta vida sorpresas de todos los calibres. Pero no lo conseguía del todo.

Deborah se acercó felinamente a él mientras susurraba:

—Hala, vamos a darle gusto a la zorra número dos.

—¿De qué modo?

—¿Y lo preguntas? Haciendo que mueras...

CAPÍTULO IX

LA zorra número dos estaba allí.

Cruzando provocativamente las piernas en su lujoso despacho de abogado.

Le miraba con ojos inflexibles.

—¿A qué has venido, Johnny?

—Quiero pedirte un favor, Priscille.

—¿Esta mañana has salido de la celda y ya me pides favores? ¿Qué quieres? ¿Un abogado? En ese caso te aconsejo que te busques uno más listo que yo. Sabes de sobra que apenas me he leído de pasada el artículo primero del Código Penal. Esto no es más que una tapadera de la CIA que huele a podrido a cien millas de distancia.

—No quiero abogados, Priscille. No he de presentarme hasta la semana que viene. Solo quiero unas grabaciones.

—¿Qué clase de grabaciones? ¿Música pop?

—No. Los mensajes de Malone.

—¿Y para qué quieres los mensajes de Malone? ¿Qué demonios te importa a ti oír ahora la voz de un muerto?

—¡Es que hay algo que no encaja! No sé qué es, pero no encaja.

Priscille le miró con sorpresa, con mucha más sorpresa que Deborah unas horas atrás.

—Está bien —dijo al cabo de unos instantes de reflexión—. Si quieres perder el tiempo, piérdelo. Pero yo, en tu lugar, lo aprovecharía en cosas más importantes. Por ejemplo, en darle gusto a la zorra número uno.

Johnny abrió mucho la boca.

—¿Quién es la zorra número uno? —balbució.

—La que te ha ido a buscar esta mañana a la salida de la celda. Yo supongo que soy la zorra número dos.

—Pues...

—¿Pues...? —le miró interrogativamente ella.

—Nada, nada...

—Supongo que la zorra número uno ha querido matarte.

—Pues...

—¿Pues...?

—Nada, nada...

—La zorra número dos podría terminar el trabajo —dijo ella suavemente—. No creas que no tengo medios de información para vigilar a mis hombres, aunque estos hayan sido ya expulsados del servicio. ¿Qué? ¿Prefieres la piel de una mujer viva o la memoria de un hombre muerto?

Johnny dijo inesperadamente:

—Prefiero la memoria de un hombre muerto.

Por primera vez la sonrisa helada de una mujer le llegó hasta el fondo de los huesos. Los ojos quietos de Priscille le midieron con desdén, como si él apenas llegara al nivel del suelo. Luego los labios golosos dijeron poco a poco, dejando caer las palabras:

—Ahora me doy cuenta de que eres realmente un hombre acabado, Johnny. Lo decían, pero no acababa de creerlo. De ahora en adelante seré yo quien lo diga, con la diferencia de que los otros sí que lo creerán, Hala, pasa a esa otra habitación. Y no temas, porque ni siquiera hay un modesto diván para que me hagas cosquillas.

La otra habitación consistía en una pieza insonorizada donde había un moderno equipo de proyecciones y donde no faltaban los más caros y sofisticados aparatos de reproducción del sonido. Ella misma proyectó una diapositiva en la que aparecía con maravillosa claridad el retrato más conocido de Malone. Este, con las manos cruzadas, mostraba con magnífica precisión el anillo de oro del que no se desprendía desde la muerte de su mujer.

Priscille dijo:

—Los secuestradores tuvieron en cuenta esta fotografía, que sin duda habían visto. Por eso no les sorprendió que Malone llevara el anillo y no se lo quitaron. Nunca pudieron imaginar que ese anillo, sustituido por otro, les llevaría a su fracaso total y, en definitiva, a su muerte.

Johnny musitó:

—El fracaso total ha sido nuestro.

—¿Por qué crees eso?

—Malone ha muerto, que es lo que queríamos evitar. Pero oigamos sus mensajes.

—Como quieras. De todo guardo copia en este archivo.

Y los pasó por una de las pistas estereofónicas. Johnny Preston los hizo repetir. Los oyó con creciente atención. Los hizo repetir otra vez.

Al fin Priscille dijo sin el menor interés:

—Son perfectamente normales. ¿Qué encuentras de raro en ellos? La voz que oyes es la del oficial locutor que los tradujo desde el Morse, pero si quieres puedes ver las cintas originales. Te aseguro que la traducción es exacta.

—No, no se trata de eso.

—¿Pues de qué?

—No sabría decirlo. Quizá el hecho de que la última llamada se captara con tanta nitidez.

—Eso pasa a veces.

—Pero estaba dentro de un submarino...

—La emisora que llevaba dentro del anillo era de una maravillosa precisión —dijo la mujer— y a veces los submarinos no aíslan, sino que hacen de cajas de resonancia. Si quieres, encargo un estudio sobre las condiciones técnicas exactas en que fue recibido el mensaje, aunque sé que es una tontería. Ni siquiera comprendo cómo estoy perdiendo el tiempo con un fracasado como tú.

Johnny se encogió de hombros. Ya no se ofendía por nada.

—Encárgalo —dijo.

Y fue hacia la puerta.

Cuando estaba ya con la mano en el pomo volvió para susurrar:

—Priscille...

—¿Qué?

—¿Por qué el último mensaje se captó con tanta precisión en Nueva York y no en los puestos de escucha que estaban cerca de la bahía?

—En ellos también se captó —corrigió Priscille.

—Pero con menor perfección.

—Es que no se puede comparar el centro de escucha de Nueva York con los otros. En el centro de escucha de Nueva York se podría captar hasta el pellizco que un marciano le diese a una marciana.

Por cierto...

—¿Qué?

—Tengo curiosidad por saber si ese centro va a captar el pellizco que un terrícola está pensando darle a una terrícola.

—Seguro que no —dijo Johnny.

Y probó.

En el centro de escucha ni se enteraron, pero Priscille sí que se enteró. Dijo:

—¡Hay que ver lo fuerte que ha sido! Me lo has dado a lo bestia. Habrá que ir pensando en quitarte el carnet de jubilado. Te estás rehaciendo, macho...

CAPÍTULO X

AL salir del lujoso despacho de Priscille, Johnny comprobó cuánto dinero le quedaba encima; vio que aún tenía para una salchicha de Frankfurt y un taxi, de modo que era un potentado. Se tomó la salchicha en plan de gran señor, lamentando ante el vendedor que no las tuvieran de importación, porque a él no le venía de un dólar. A la hora de la propina ya no fue tan gran señor, puesto que solo dejó diez centavos, tras hacer un rápido y terrorífico cálculo sobre lo que le costaría la carrera del taxi. Por fin tomó un *yellow* y se hizo conducir hacia su hotelucho de la Avenida Once.

La habitación estaba tal como la dejó.

Con su cama deshecha.

Con su toalla mojada en la ducha.

Con la luz encendida.

Con su cucaracha de plantilla.

Solo había una diferencia.

La diferencia debía tener unos treinta años y pesar unos ciento doce kilos.

Otro detalle: en su derecha descansaba un revólver «Magnum» del calibre 45. Más diferencias todavía.

El mastodonte dijo:

—Hola, hermano.

Johnny susurró:

—La paz sea contigo.

El tipo que aguardaba oculto detrás de la puerta gruñó:

—Y contigo.

Le atizó con una barra de hierro. Y si no fue una barra de hierro fue de acero forjado. O hecha con la cara de un coronel griego. En cuanto a dureza, aquello no tenía rival. Johnny recibió el terrible impacto en la nuca y sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Intentó sujetarse a algo.

No pudo.

El mastodonte del «Magnum» acabó el trabajo atizándole un culatazo tras el pabellón de la oreja.

Cuando Johnny Preston recobró el sentido, las cosas seguían igual, con la diferencia de que el mastodonte estaba sentado encima de él. Suavemente se dedicaba al interesante ejercicio de comprobar si el cañón del «Magnum» le entraba a Johnny por la boca.

Johnny murmuró:

—¿Por qué?

—No lo sabemos, hermano. Es un trabajo.

—¿Quién os lo ha encargado?

—¿Eres idiota, muchacho? ¿Desde cuándo en este oficio se da el nombre del cliente?

—Es verdad —dijo Johnny, completamente resignado a aquel percance profesional—. ¿Vais a liquidarme aquí?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque habría de sacarte luego, y eso es imposible en un sitio como este. Tampoco podemos apiolarte y largarnos porque el portero nos ha visto. Tienes que salir por tu propio pie y como si fuéramos grandes amigos. Luego nos ocuparemos de ti.

Johnny se pasó la lengua por los labios secos.

Lástima.

Casi se había resignado a morir y ahora le daban una oportunidad para luchar cuando menos ganas tenía.

—¿Adónde vamos?

—Tienes tu coche en el parking —dijo el de la barra de hierro—. Lo hemos comprobado.

—De acuerdo. Vamos allá.

El gordo dejó de estar sentado. Guardó el «Magnum».

Salieron charlando como si fueran grandes amigos. Johnny sabía qué papel tenía que hacer y lo hizo. En aquellas escaleras estrechas donde apenas podía moverse no quiso probar. Eran el sitio ideal para que le clavarán entre las pestañas un calibre nueve.

Llegaron al parking.

Como tantos y tantos de los barrios modestos de Nueva York, este consistía en un solar donde un gorila dejaba estacionarse a los

automóviles previo escupimiento de unos cuantos dólares. Aquello era una mina de oro, como todos los parkings. El tío de la garita bebía la sangre de los clientes al menos una vez por semana.

Pero esta vez no estaba en su sitio.

Johnny comprendió por qué.

Le habían amenazado con chuparle la sangre a él.

Y lo tendrían amarrado en cualquiera de los coches, con la cabeza entre las piernas para que se fuese entreteniéndolo.

Johnny se acercó a su propio coche.

Lástima de cacharro que aún no estaba pagado.

Lástima de gusano gordo metido en él.

Lástima de «Firebird» del 7,65 con que le apuntaba.

El gordo que le aguardaba en su coche gruñó:

—Llegas a tiempo, hermano.

—¿Ah, sí?

—Solo he de decirte una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Johnny.

—Hola y adiós.

Y fue a apretar el gatillo.

No estaba para mandangas.

El hotel era un mal sitio para matar.

En cambio el parking era muy bueno.

Pero Johnny también sabía eso, entre otras cosas porque era del oficio y había estado en parkings peores que aquel. El que recordaba con más dramatismo fue uno de Catania, en Sicilia, donde le persiguieron tres mujeres de tipos de la Mafia. Él no pudo escapar.

Desde entonces, una vez al mes, iba a una farmacia y se compraba un reconstituyente.

Ahora había adivinado el momento exacto del disparo y por lo tanto se lo jugó todo a una carta. Era una carta baja y de las que salen perdedoras, pero no podía elegir. Mientras el gordo extendía el brazo, él levantó la rodilla.

Desvió la mano armada en el último segundo.

El disparo solo le rozó de flanco.

El gordo fue a lanzar una maldición.

Pero no pudo.

Dos garfios de hierro le sujetaban la cabeza.

Tiraron de él y le sacaron del coche.

Lo enviaron de cabeza contra los dos que estaban atrás.

El del «Magnum» ya lo estaba sacando.

Lanzó un grito.

El gordo ya estaba sobre él, aunque muy en contra de su voluntad. Los dos rodaron por tierra.

Pero conservaba sus armas.

Y quedaba el de la barra de hierro.

Este ocultaba bajo su impermeable una pequeña escopeta de cañones aserrados. Fue a montarla. Demasiado tiempo.

Johnny le propinó un terrible puntapié en el sitio donde tenía «aparcado» el órgano más doloroso de su cuerpo.

El fulano dio un terrible brinco mientras soltaba la escopeta.

El gordo gritó:

—¡Atrás, Red!

Buscaba campo libre para disparar. Su propio compañero le estaba tapando. Pero cuando Red fue a apartarse, apareció el cuerpo de Johnny. Y Johnny sí que había montado la escopeta.

Dijo con voz opaca:

—Todos sabéis cómo es un petardo de estos, con lo cañones repletos de metralla. No necesito ni apuntar.

En efecto, todos lo sabían. Y todos eran unos profesionales. Tenían la regla de oro de que, cuando uno está perdido, hay que dejar el trabajo. En esa clase de contratos nadie envía coronas a los muertos.

Les convenía rendirse y pensar en otra cosa.

El llamado Red suspiró:

—De acuerdo, no vale la pena. Solo nos pagaban quinientos por cabeza.

—Puede que yo os pague más, pero en plomo. Soltad las armas.

Todos obedecieron. Johnny sabía que no iban a jugarse hasta el último extremo la piel por cinco de los grandes. También ellos habían adivinado que Johnny era un profesional y que no dispararía al buen tuntún. En cierto modo se podía llegar a un acuerdo con él. Cada uno sabía ya cuáles eran sus cartas.

El gordo musitó:

—¿Cuál es el precio?

—Supongo que te refieres al precio de tu piel.

—No tengo nada que me merezca más respeto.

—Pues el precio es muy sencillo: decidme dónde teníais que ir a cobrar y a indicar que el trabajo había terminado.

—En un sitio de los muelles, al sur de Staten Island. Hay que tomar un transbordador.

Johnny arrugó el ceño.

Podía ser una trampa.

Pero gruñó:

—Andando. Tú, Red, conduce, y el gordo que vaya delante a tu lado. Yo viajaré detrás. El mastodonte queda libre.

El mastodonte no podía creerlo.

—¿De veras? —murmuró—. Oye, tú eres un tío con el que da gusto trabajar...

Y lanzó la pierna derecha.

De pronto se le había ocurrido que quizá Johnny era un blandengue.

Podía probar y...

Johnny apretó un solo gatillo de los dos que tenía la escopeta. Demostró al mastodonte que estaba en un error. Que se había equivocado de carta. El mastodonte sintió un terrible calambre en la pierna y en cambio no sintió nada en el vientre, cuando era el vientre el que había quedado destrozado por la nube de metralla.

Luego cayó.

Ya no pudo ocuparse más de su piel.

Nadie paga por las pieles de cerdo que están agujereadas.

Johnny miró a los otros. Su expresión era helada. No había la menor emoción en su rostro. Se notaba que estaba dispuesto a disparar otra vez.

Que lo mismo le daba pagar un entierro que un trío de entierros.

—Aún queda la carga de un cañón —dijo—, de modo que podéis elegir. O vais en la parte delantera del coche u «os quedáis» aquí como este.

Los dos eligieron en un instante. Por mal que esté el tráfico en Nueva York, siempre es mejor conducir un coche que ir al cementerio. Salieron del parking llevando la terrible escopeta de Johnny en el asiento de atrás.

Por supuesto que los disparos se habían oído en la Avenida Once, pero ese es un barrio donde la gente no hace demasiado caso

de los asuntos que afectan al vecino. Si el muerto es otro, se da el pésame a la viuda y en paz. Y si la viuda está buena, se da el pésame a la mujer propia por lo que pueda venir. Nueva York, como modelo de lo que será nuestro mundo a la vuelta de pocos años, es una ciudad maravillosa. Si uno se muere, le entierran y encima edifican una casa.

Nadie les puso obstáculos a que salieran del aparcamiento.

Rodaron hacia el sur.

En los embarcaderos que hay al final de Manhattan, casi enfrente de la estatua de la Libertad, tomaron un transbordador para Staten Island. El coche subió a él y se estuvieron quietos en su interior. Después de haber visto morir al mastodonte, ni el gordo ni Red chistaron mientras sentían detrás de ellos la presencia caliente de la escopeta.

Acompañados por centenares de gaviotas que presentían la carnaza, llegaron a Staten Island cuando caían ya las primeras sombras. El automóvil desembarcó y rodó a poca velocidad por entre unos *docks* de los años 20, desde cuyos resquicios les espiaban los ojos inquietantes de las ratas. Todo estaba solitario y quieto como en un planeta muerto.

—Es por allí —dijo el gordo.

—¿Hacia los puertos de la basura?

—Okey.

Johnny conocía el lugar. Un aroma inconfundible a «Chanel número 5» le convenció de que no se había equivocado. Docenas y docenas de camiones cargados con los desperdicios de Nueva York —desperdicios que van desde las pieles de plátano a los retratos de un antepasado que no dejó nada en herencia— remontaban penosamente las rampas que llevaban a los embarcaderos. Allí, junto a superficies de madera que se adentraban en el mar, unos barcuchos asmáticos y llenos de roña se alineaban en espera de su perfumada carga. Las basuras de Nueva York son tantas y crean tantos problemas que no basta con las estaciones incineradoras. Por medio de barcuchos cargados de mugre, toneladas y toneladas de esas basuras tienen que ser transportadas y vaciadas mar adentro.

El conductor señaló una especie de orinal flotante que estaba al margen de los demás.

—Un acuerdo, Johnny —pidió.

—¿Qué acuerdo?

—No habrá disparos si nos portamos bien. Nosotros no somos tan idiotas como el que «se ha quedado» en el parking.

—De acuerdo, muchachos. No habrá disparos si os portáis bien. Y ahora decidme cuál es vuestro papel.

—Tenemos que aparcar junto al barco, bajar con las manos visibles y decirle al patrón de esa roña con chimenea que el trabajo está hecho. Él debe pagarnos.

—Bueno, pues hacedlo inmediatamente así. En ese caso hay acuerdo.

—¿Y a ti no te verán?

—Yo me ocultaré en el coche. Pero no hagáis ni un guiño que no me guste cuando creáis que no os veo. Yo tengo la mala costumbre de adivinar los pensamientos, y esta escopeta alcanza a trescientas yardas.

—No... no queremos probarla, Johnny.

Los dos salieron.

Johnny quedó agazapado en el vehículo, de forma que pudiera vigilar sin que se le viese.

Los dos se acercaron por la cubierta llena de basura. Llevaban las manos bien visibles.

El capitán, o lo que fuese, de aquel barcucho, el lobo de mar o lobo de ratas que tenía el honor de mandar aquel acorazado, estaba junto al timón en la cabina descubierta. Les vio avanzar.

Dijo desde su altura:

—Hola, hermanos.

Y el tipo que estaba abajo disparó.

Llevaba un gorro de lana roja.

Llevaba una chaqueta de piel.

Llevaba una metralleta.

Llevaba muy mala baba desde que nació.

Envío una enloquecedora ráfaga contra los dos hombres, partiéndoles por la mitad. Red y su compañero se derrumbaron aparatosamente mientras regaban la infecta cubierta con su sangre. El de la metralleta aún les roció con plomo hasta casi lanzarlos por la borda.

No escatimaba balas. Quería asegurarse.

Johnny intervino entonces.

Ya había visto bastante.

Envío toda la carga del segundo cañón contra la cabeza de aquel tipo tan aficionado a la música clásica.

Y al principio no se notó nada.

No en vano el gorro de lana era rojo.

Pareció engullir toda la sangre.

Luego desapareció con parte de la cabeza. La metralleta se fue al agua. El gran almirante Nelson de aquella chalupa de Christian Dior, intentó soltar el timón para ponerse a cubierto.

Johnny no se lo permitió.

Usó el «Magnum» arrebatado al mastodonte.

Buen petardo donde los haya, sí, señor.

Usted pone el cadáver y el «Magnum» pone todo lo demás,

El capitán de aquella especie de W. C. flotante recibió la bala entre las dos cejas y abrió los ojos desmesuradamente. Una línea roja empezó a resbalar por su nariz. Segundos después quedó doblado sobre el timón mientras sus manos arañaban el aire.

Johnny saltó del coche.

Otro individuo apareció encima de su cabeza. Llevaba una vieja «Shmeisser» que, sin embargo, era capaz de partir a un tipo en dos con su chorro de balas. Se la echó a la cara y apuntó a la nuca del intruso.

Pero la «Shmeisser» tiene un cerrojo.

Y el cerrojo hizo un ruido infernal.

Johnny se volvió apenas.

Casi con delicadeza.

Disparó igual que si dijera: «Lo siento.»

El de la metralleta cayó hacia atrás.

Tenía un orificio redondo en la frente.

Johnny vio entonces a dos tipos que corrían por la cubierta cargada de basura hasta los topes. Se habían dado cuenta de que se enfrentaban a un profesional y no querían líos. Intentaban huir en el coche que había traído a Johnny hasta allí.

Casi lo consiguieron.

El automóvil patinó sobre las basuras, los detritos, las inmundicias y las pieles de toda clase que se habían acumulado en el muelle. Las ruedas chirriaron. Johnny se dio cuenta de que unos segundos más y habrían conseguido huir.

Disparó a una de las ruedas delanteras.

El coche ganaba velocidad en aquel momento.

Se oyó un espantoso chirrido.

Como en una película lenta en la que las imágenes pasaran a ritmo de *vals*, Johnny Preston vio su propio coche deslizarse de costado, girar sobre sí mismo, chocar con un almacén y dar al fin una vuelta de campana. Inmediatamente después el chapoteo le anunció que se estaba hundiendo en el agua. Y los muelles de Staten Island son de los más profundos de todo el perímetro de Nueva York.

Johnny se dio cuenta de que aquellos tipos ya no volverían a salir más.

Se despreocupó de ellos.

Saltó entonces a la bodega, donde una serie de ratas gordas como tigres brincaron en todas direcciones al verle. Allí había toda clase de bestias repelentes. Solo faltaba una boa. No se podía soñar nada mejor para preparar la minuta de un restaurante de gran lujo.

Los ojos de Johnny buscaban algo, no sabía exactamente qué. Pero estaba seguro de que allí encontraría alguna pista relacionada con la desaparición de Malone y con La Casa del Fuego Eterno. Si los hombres encargados de matarle tenían que volver allí, no era por casualidad. En aquel vertedero flotante estaba la clave de algo, una clave que él tenía que encontrar.

No se hacía ilusiones de encontrar la respuesta definitiva, desde luego, pero sí al menos una pista. Y la encontró de la forma que menos esperaba: una cabina telefónica yacía al fondo de la bodega, media cubierta de basuras. Y detrás de los cristales había algo.

Normalmente las cabinas del teléfono público de Nueva York no van a parar al cesto de los desperdicios. Johnny se acercó con las cejas arqueadas a causa del asombro.

Abrió la puerta de la cabina, que estaba ejerciendo de ataúd.

El cadáver empezaba a oler mal.

Su hedor dulzón, insistente, flotaba con más pegajosidad que toda la basura acumulada en el buque.

Y eso que la chica había sido bonita.

Buenas piernas.

Buena boca.

Buen porvenir si no se hubiera encontrado con la brutal

descarga eléctrica que le había quemado una oreja y le había dejado el cerebro deshecho.

Johnny dejó caer la tapa otra vez.

En sus gestos, en sus manos, en la línea de su boca parecía haber un infinito cansancio.

Y entonces oyó aquella voz que decía a su espalda:

—Has elegido una bonita tumba, Johnny Preston. El barco de basura más importante de los que salen de Staten Island. Pero ninguna carroña de las que hay aquí es tan importante como la tuya.

Él se volvió poco a poco.

No tenía prisa por morir. Para recibir una bala entre las cejas, uno siempre está a tiempo.

Sus ojos se dilataron entonces de asombro.

Porque la muerta había salido de la cabina telefónica.

La muerta estaba ahora ante él.

Apuntándole con una escopeta «Benelli» para caza mayor, de las que disparan cinco balas en un segundo. Balas blindadas para rinocerontes. Balas para acabar aquel asunto de una vez. Balas hechas a la medida para la piel de Johnny.

CAPÍTULO XI

LA verdad fue que a él no le importó la inminencia de la muerte, puesto que desde que empezó aquel maldito asunto estaba seguro de que tenía que llegar un momento como este. Lo que le heló la sangre en las venas fue el ver que la muerta de la cabina y la mujer que ahora tenía delante eran casi exactamente iguales. Dos hermanas gemelas no se hubieran parecido tanto.

La muchacha dijo despectivamente:

—Has hecho un buen trabajo, Johnny Preston. Nunca creí que llegaras a matar a esos profesionales.

—No les he matado yo. Ha sido la cochina tripulación que tenáis en este barco.

—Pero tú has matado a la tripulación...

—Bueno, no sé... Quizá se han muerto del susto.

Y soltó el «Magnum» antes de que se lo pidiera. Sabía que ella se lo iba a exigir. Luego volvió la cabeza levemente hacia la cabina telefónica hundida entre las basuras.

—No, no era mi hermana gemela —dijo la muchacha despectivamente—. Se trataba de la hija de Amudsen. Había que liquidarla para que no se pusiera molesta y quisiera hacer trasladar el cuerpo de su padre. Teníamos que obrar con la máxima rapidez y la auténtica hija de Amudsen podía aún estropearlo todo.

—¿Pero cómo os parecéis tanto? Es simple curiosidad... A veces a uno le gusta llevarse las respuestas al otro mundo.

—Pues no somos gemelas, ni siquiera familiares. Un buen maquillaje ha hecho lo que a ti te puede parecer un milagro. Y ahora lo siento por ti, muchacho. Quizá en el otro mundo lleguemos a ser buenos amigos, dentro de un par de siglos. Adiós...

Y fue a apretar el gatillo de la «Benelli». Esa temible escopeta italiana es una auténtica ametralladora para piezas con las que uno

no puede permitirse el lujo de fallar el tiro. Las cinco balas forman en realidad una sola infernal detonación.

Es un arma magnífica, desde luego.

Pero tiene una desventaja.

Has de asegurarte bien.

Porque si fallas una bala las fallas todas.

Ya no puedes rectificar.

Y Johnny sabía que la muchacha iba a fallar la primera bala, puesto que ella misma había cometido la imprudencia de avisarle del momento en que iba a disparar.

Se ladeó vertiginosamente.

Rodó entre aquel mar de basuras donde hubiera podido ahogarse un caballo. Entró en íntimo contacto con bolsas donde alguien parecía haber vomitado. Estuvo a punto de tragar de nuevo platos que ya habían pasado por más de una boca en los restaurantes baratos de Nueva York.

Pero esquivó las cinco balas que en realidad eran como una sola. La chica lanzó una maldición capaz de hacer enrojecer a un *docker*. Intentó subir por la infecta escalera que llevaba a cubierta.

Johnny usó el «Magnum» que había dejado caer antes a muy poca distancia.

Pero no lo hizo a matar.

Solo quiso destrozar la escalera para que ella cayese y no pudiera seguir huyendo. Destrozar aquella escalera no era difícil porque se estaba pudriendo por todas partes.

Pero no hubo suerte.

Sobre todo no la hubo para la chica.

La bala se llevó por delante un peldaño carcomido, pero también se llevó por delante el resorte que abría una de las compuertas de la bodega. Un auténtico mar de basura, una marea infecta, arrolladora, fétida, se desplomó sobre la chica al caer aquella compuerta. Ella no tuvo tiempo ni de lanzar un gemido.

Su cuerpo se convirtió en basura de Nueva York.

Fue engullido.

Fue materialmente devorado por aquella masa de varias toneladas que había caído sobre ella.

Con los ojos desencajados y sintiendo que sus manos eran incapaces de sostener el revólver, Johnny Preston fue testigo

impotente de aquella muerte horrible y que no había deseado. Una angustiada náusea le llegó hasta el fondo del estómago, produciéndole una arcada.

Comprendió que ya no podría rescatar a la chica. Hubiera pasado horas hurgando con sus manos por entre aquella masa palpitante y que parecía vivir, como si estuviese digiriendo a su víctima. Con una pala mecánica tal vez hubiera conseguido algo, pero con sus solas manos era del todo imposible.

Comprendió que tenía que salir de allí.

Los gases que se desprendían de todo aquello parecían explosivos. Le cortaban la respiración.

Cuando pudo salir a cubierta, se dio cuenta de que el tiroteo había creado una cierta alarma —no demasiada, esa es la verdad— en los otros barcucho cargados de desperdicios que se encontraban lejos. La sirena de un patrullero empezaba a ser perceptible en la distancia.

Johnny saltó a tierra desde aquel, prometiéndose que la próxima vez que volviera a él lo haría vestido de etiqueta. Luego se introdujo en uno de aquellos tinglados de los años 20, medio abandonados y donde no le encontrarían aunque le buscara todo un regimiento.

Pasó la noche allí. No podía arriesgarse a volver a cualquier otro de los distritos de Nueva York en los transbordadores, porque estos serían controlados meticulosamente. Al día siguiente ya todo sería distinto.

Y lo fue.

Johnny pudo presentarse sin más problemas en su hotel de la Avenida Once.

Olía a basura como un condenado.

Pero en aquel ambiente tan distinguido no lo notó nadie.

CAPÍTULO XII

ACABABA de salir de la ducha, arrancando de su cuerpo todas aquellas sensaciones angustiosas, todas aquellas miasmas, cuando la puerta se abrió. Johnny pensó que había hecho mal no poniendo el pestillo de seguridad, como hacen todos los que quieren descansar tranquilos en una ciudad tan deliciosa. El que venía, fuese quien fuese, tenía una llave.

Johnny pensó que esta vez le liquidarían sin hablar. Antes de que la puerta se abriera del todo, ya le habrían metido una ráfaga de metrallata entre pecho y espalda.

Pero esta vez hubo suerte. O no. Nunca se sabe. Quizá lo que acabarían metiéndole entre pecho y espalda sería una tuberculosis.

Deborah entró, dejó el bolso sobre la única mesita que allí había y preguntó suavemente:

—¿Quieres convertirme ahora en una mujer feliz o lo dejarnos para más tarde?

Johnny bisbiseó:

—Yo creí que esta mañana te casabas con Prince...

—Lo he aplazado.

—¿Por qué?

—Debe ser porque te quiero, Johnny, Porque te quiero a pesar de todo. O debe ser tal vez porque pienso que, antes de casarme, debes darme aún unas cuantas lecciones.

Y se desabrochó un botón.

Hay mujeres que siempre están aprendiendo. Y para aprender «enseñan».

Pero Johnny musitó:

—Estoy en un mal momento, Deborah.

—Bueno, eso es normal. Lo contrario sí que sería alarmante. ¿Has estado tú en un buen momento alguna vez?

—Esta vez es peor, Deborah.

—¿Has roto la dentadura a otro vicealmirante?

—No, pero he matado a varios hombres en Staten Island. Y este es solo el primer paso, porque los que secuestraron a Malone han decidido que yo tengo que morir.

La muchacha palideció un momento.

—¿Por qué? —susurró.

—Debe ser porque, aunque parezca inexplicable, estoy en el buen camino.

—¿Qué clase de buen camino, Johnny? ¿Es que hay algún buen camino que lleve a tu tumba?

—A veces, sí, Deborah. Cuando uno se sitúa en la senda que lleva a algún sitio, generalmente no tarda en oír la música de su propio funeral. Lo de Malone está realmente muy claro, pues ayer incluso conocí a la chica que se hizo pasar por la hija de Amudsen a fin de asegurarse de que no había problemas en el entierro. Ese científico ha desaparecido y en paz. Se lo cargaron en el submarino y nunca más se volverá a hablar de él. Y sin embargo, hay algo que no concuerda.

Había terminado de secarse y se ponía ropa limpia sobre el cuerpo musculoso y tenso. Pero realmente no se daba cuenta de lo que hacía. Deborah le miraba inquisitivamente, con los ojos clavados en el fondo de los suyos,

—¿Qué es lo que no concuerda, Johnny? —musitó.

—No lo sé. Lo peor es eso. No lo sé.

—Pues entonces olvídalo.

—Quizá lo hubiera olvidado, caso de no haberme atacado esos buitres. Pero ellos también saben que algo no concuerda y, al notar que yo no abandonaba el caso y seguía investigando, han pensado que podía situarme tal vez muy cerca del éxito, muy cerca del final. Por consiguiente, estorbaba y había que quitarme de en medio. Desde el momento en que trataron de eliminarme me di cuenta de que tal vez tenía razón.

—Entonces lo intentarán otra vez, Johnny.

—Sí. Y supongo que a estas horas no habrán entendido todavía cómo han podido fallar.

La muchacha se acercó a él. Sus labios temblaban. Había en aquellos ojos, en aquella boca, la súplica de un beso.

—Vámonos de aquí —suplicó—. Vamos a cualquier sitio donde puedas olvidarte de esa pesadilla.

—Quizá lo haga mañana mismo —dijo Johnny—, pero antes voy a seguir una última pista.

—¿Cuál?

—Todo este asunto de las basuras tiene un concesionario en Nueva York. No me refiero a los empleados del Ayuntamiento que se ocupan de ese sucio asunto, sino de la persona que cede en arrendamiento los buques basureros de Staten Island. No son municipales, sino particulares. El Ayuntamiento paga a su dueño un canon por cada tonelada de basura transportada y depositada en alta mar. Es un buen negocio para alguien que al mismo tiempo supongo que no tendrá solo esa sucia flota, sino también otros buques. Me gustaría comprobarlo.

—¿Qué piensas, Johnny? ¿Que todo lo que te ocurrió en Staten Island tenía que saberlo el dueño de esos barcuchos?

—Por la forma como sucedieron las cosas, me temo que sí. De lo contrario no se hubiesen atrevido a obrar con tanta seguridad. Espera.

E hizo una llamada a la oficina de información del Ayuntamiento de Nueva York.

Cuando colgó, sus ojos se habían iluminado con una chispita de decisión. Terminó de anudarse la corbata mientras susurraba:

—Es Avros, como había supuesto.

—Pero Avros es muy rico... Todas las revistas de la buena sociedad hablan de él. Y su nombre figura en las listas de los principales contribuyentes de la chalad...

—Desde luego, puesto que el arrendamiento de los barcos basureros de Staten Island es solo el negocio más insignificante que tiene. Posee líneas regulares de barcos fruteros con Hispanoamérica y el Pacífico sur. Una combinación fantástica para llevarse a Malone lejos de aquí si no le hubiera fallado lo del submarino.

—¿Pero tú crees que...?

—No creo nada, pero puede que sea Avros el que dirija la organización que secuestró a Malone, puesto que dinero, medios y ambiciones no le faltan. De todos modos es algo que voy a comprobar. Esta misma mañana habré salido de dudas.

Y fue hacia la puerta.

Deborah le detuvo con un gesto. Sus brazos rodearon el cuello del hombre. La ansiosa boca femenina buscó a boca.

Johnny pensó: «Bueno, tampoco hay que ser maleducado. Antes de ir a “trabajar” no está de más despedirse de la gente.»

Y fue a corresponder al beso de Deborah.

Sabía que las cosas se pondrían mal, es decir, bien. Dentro de unos segundos ella le estaría diciendo al oído que necesitaba aprender unas cuantas cosas más abre las relaciones entre los sexos antes de decidirse casarse con un fulano como Prince.

Y él le diría que ya no podía enseñarle nada.

Y entonces ella le diría: «Muy bien; pues entonces, ¿por qué no repetimos lo de la semana pasada?»

Y entonces él...

Pero tan prometedores pensamientos quedaron rotos de repente.

Porque de pronto alguien golpeó con los nudillos la puerta.

Una voz seca dijo desde el otro lado:

—Abra, señor Preston. Sé que está usted ahí. Vengo traerle un mensaje.

—¿De parte de quién? —preguntó Johnny, cada vez más amoscado, mientras soltaba a Deborah y abandonaba la interesantísima maniobra envolvente a que se estaba dedicando en aquel momento.

La voz seca gruñó desde el pasillo:

—De parte del presidente de Estados Unidos.

Johnny pensó, mientras palidecía intensamente:

«Ya está: una citación para que me presente mañana ante un tribunal. La semana que viene me fusilan.»

Pero enseguida pensó que el presidente de Estados Unidos no se dedica a enviar mensajes para esa clase de menesteres. De modo que aquello tenía que ser una broma. O algo peor.

Abrió.

En la mano llevaba un revólver chato.

El tipo que estaba en el pasillo ni siquiera vio el cañón, puesto que miraba a los ojos de Johnny.

Dijo con expresión obstinada:

—Soy oficial de la Casa Blanca y traigo un telegrama del presidente Gerald Ford, señor Preston. Conozco el contenido, de modo que puedo anticipárselo: él propio presidente de Estados

Unidos no quiere que siga usted trabajando en el asunto en que está metido ahora.

Johnny arqueó una ceja.

—¿Cómo sabe el presidente Ford en qué clase de mejunjes estoy yo metido? —preguntó.

—Debe ser porque sus medios de información no fallan.

—Pues yo tengo otra cosa que no falla tampoco —dijo Johnny.

—¿Cuál?

—Esta.

Y disparó el puño armado con al revólver chato.

El oficial de la Casa Blanca —si es que lo era— dejó de ser blanco.

Se puso amarillo.

Verde.

Rojo.

Y rodó escaleras abajo mientras Johnny musitaba:

—Ha tenido suerte, amigo. Esta dentadura se la arreglan por solo seiscientos dólares.

Y pasó por encima del caído, que había quedado completamente fuera de combate.

Johnny ya no se ocupó más de él.

Tenía otras cosas de que ocuparse.

Por ejemplo, de un fulano llamado Avros.

Y de sus barcos cargados de basura.

O de sus barcos cargados de muertos.

CAPÍTULO XIII

AVROS vivía en la Cuarta Avenida, en un edificio de treinta y nueve plantas que le pertenecían íntegramente. De ellas, dos —las superiores— las destinaba a su residencia particular.

El enjambre de sus negocios, de sus intereses, de sus chanchullos si es que los había, se concentraba allí. Todo era febril bullicio hasta la planta treinta y siete, pero a partir de ahí se entraba en una especie de oasis de paz. Los pisos treinta y ocho y treinta y nueve, así como la sensacional terraza de este, pertenecían al gran jefe Barbas de Oro. Desde ellos dominaba su imperio sin moverse de la piscina o sin moverse de la cama. Veía, mientras se zampaba su «Chivas 12 años», los contornos de un Nueva York con edificios mucho más altos que el suyo, pero no basados en tan sólidos cimientos. Porque Avros lo tenía todo pagado al contado y no debía un centavo a nadie.

Por supuesto, todo eran facilidades para llegar hasta el piso treinta y siete. Si uno deseaba hacer un negocio con la Naviera Avros, contratar un seguro con la Previsora Avros, pedir un préstamo a la Financiera Avros, o separarse de su mujer por medio de la Asesoría Jurídica Avros, no existían problemas. Gentiles nenas que enseñaban los muslos o corteses efebos que parecían tener dos o tres sexos a la vez, le acompañaban hasta el sitio indicado y le daban las gracias por su visita.

Más allá del piso treinta y siete, sin embargo, las cosas variaban. Los ascensores generales ya no iban más arriba, y había que tomar otros ascensores estrictamente privados. De las nenas que enseñaban los muslos ya no se veía ni rastro. Los efebos de dos o tres sexos habían sido sustituidos por tíos macizos de un solo sexo, pero con puños de hierro y con un bull-dog de seis tiros bajo la axila.

Johnny Preston fue a la Financiera Avros, que estaba en el piso treinta y siete.

Desde allí se dirigió a la escalera que llevaba al piso treinta y ocho, ya que el ascensor había de llamarse según una determinada clave que él desconocía.

En la escalera, un fulano de ciento veinte kilos le cortó el paso.

—Se equivoca usted, señor —dijo.

—No me equivoco. Quiero ver al señor Avros.

—El señor Avros no recibe visitas. Vuelva usted abajo. Buenos días.

Johnny dijo: «Perdone.»

Y se volvió.

Necesitaba rumiar algo. Para ver a Avros sin llamar demasiado la atención, tendría que calentarse el caletre.

Pero el fulano de los 120 kilos se enardeció entonces ante un éxito fácil. O quizá tenía ya alguna referencia de Johnny, lo que hizo su actitud sospechosa desde aquel momento. El caso fue que pensó que aquel tipo estaría mejor atado y amordazado que suelto.

Movió las dos manos enlazadas.

Fue a golpear con ellas salvajemente la nuca del joven.

Hubiera sido uno de esos impactos que acaban con un hombre antes de que este tenga tiempo de decir: «Mamá, pupa.»

Pero, al atacar a Johnny por la espalda, uno se exponía a pinchar en hueso. Johnny se las sabía todas.

El más leve rumor tras él le indicaba tan claramente los movimientos como si pudiera verlos. Captó a la perfección la corriente de aire desplazada por aquella especie de barco de gran tonelaje.

Se ladeó y arqueó la espalda.

El fulano resbaló sobre él.

Las dos manos unidas golpearon al aire.

Johnny envió al tipo por encima de él.

Cuando lo tenía sentado en las escaleras, le propinó un terrible puntapié a la nuca.

Fue uno de esos puntapiés que no figuran como recomendables en ninguna Enciclopedia de la Salud.

El fulano se estuvo quieto. No había muerto, pero iba a necesitar un corsé de yeso durante cuarenta días para sujetarle bien las

descoyuntadas vértebras cervicales.

Johnny lo subió hasta el rellano de la escalera, donde no pudiera ser visto. Luego siguió ascendiendo él.

Los pisos treinta y ocho y treinta y nueve constaban de elegantes habitaciones que él examinó de forma muy sumaria, porque no tenía tiempo de registrarlas. Pero en ninguna de ellas parecía haber estado Malone, ni siquiera unas horas antes de ser conducido al submarino. Todo eran habitaciones inofensivas: despachos suntuosos y dormitorios más suntuosos aún. En una de las salas del piso treinta y nueve había tres chicas.

Vamos, un harén.

Avros quizá no podía permitirse las trescientas mujeres de un actual reyezuelo de Arabia.

Pero, vamos, hacía lo que estaba en su mano. En honor a la verdad hay que hacer constar que, de las trescientas mujeres de un reyezuelo de Arabia, cincuenta al menos son tiñosas, mientras que estas tres eran de élite, eran de primerísima calidad.

Una morena.

Otra rubia.

Otra pelirroja.

Así no se cansaba nunca, el tío.

El que se cansó fue Johnny.

El fulano que guardaba a aquellas tres beldades vino bacía él con una navaja de resorte en la mano.

Era un marica, como mandan las ordenanzas. Uno no puede poner a Cassius Clay a que le vigile a tres señoras sin exponerse a que nazcan quintillizos dentro de poco tiempo.

Con un hermafrodita uno no corre ese riesgo.

Pero los hermafroditas son gente peligrosa con una navaja en la mano. Saben faltar muy bien. Atacan de una forma rastrera y traidorzuela. Le pinchan a uno con preferencia en las partes genitales. Y cuando te tienen vencido hacen de ti tal picadillo que ya te pueden envasar directamente en una lata de comida para perros.

Aquel guardián de las sacrosantas virtudes del harén se lanzó hacia él.

El tío hubiera sido un magnífico guardameta de fútbol.

Volaba.

Y con la punta de la navaja intentó cazar a Johnny, que era lo que este suponía. Claro que la ventaja de los golpes que uno espera está en que uno puede prevenirlos.

Johnny se ladeó.

El marica chocó contra la pared.

Se revolvió como una fiera.

Echaba sangre por las narices.

Mientras atacaba de nuevo, dijo no sé qué de haber tenido relaciones con el padre de Johnny.

Johnny se cansó.

Aquello era demasiado.

El padre de Johnny era aún un instructor de lucha de la Marina, al que cada vez que llegaban a puerto tenían que encerrar en una especie de jaula, porque de lo contrario se llevaba por delante hasta a la mujer del gobernador. De modo que de relaciones con un tipo como aquel, nada de nada.

Pero quizá el fulano vivía de ilusiones.

Hizo un hábil zigzag con su navaja.

Esta vez por poco atrapa a Johnny,

Pero Johnny había sido entrenado por su propio padre y por los más bestiales preparadores de la CIA, de modo que lanzó un grito sordo mientras contorsionaba sus músculos. Sujetó en el aire la mano armada de su enemigo y la movió en el aire como uno mueve el palo de golf. El marica lanzó un aullido al salir disparado hacia una de las ventanas.

Esta resultó ser sorprendentemente frágil.

Se partió en pedazos.

El fulano salió despedido al aire y estuvo pensando en las verdades eternas todo el tiempo que tardó en caer desde el piso treinta y nueve hasta el patio interior que estaba al nivel de la calle y que se usaba como parking privado. El paracaidista hizo en el techo de un «Dodge» un agujero por donde hubiera pasado la rotativa del New York Times. Por lo demás, quedó cómodamente sentado en el diván posterior, aunque desde las profundidades del Más Allá el tío ya no llegó a darse cuenta de lo cómodo que era.

Las chicas miraban asombradas a Johnny.

La verdad es que ninguna de ellas pareció sentir en el alma la muerte del marica.

Nada de llevar luto por sus huesos

Ni acordarse ya de él.

La pelirroja avanzó con su falda abierta hasta la cadera y con su cintura cimbreante.

—Supongo que vienes a quedarte —dijo—. ¿A cuál de las tres prefieres?

Johnny arqueó una ceja.

Lástima que siempre fuera tan justo de tiempo.

Lástima también que no pudiera ponerle un telegrama a su padre para que viniese a echarle una mano.

—Quiero ver a Avros —dijo.

—Oye... ¿es que tú también eres como ese astronauta que ha salido por la ventana?

—Si tuviera más tiempo, os demostraría la eficacia de un curso rápido que tengo patentado —gruñó Johnny.

—¿Ah, sí? ¿Y qué nombre tiene ese curso?

—«Cómo ser madre en solo tres meses.»

Las chicas lanzaron al unísono un grito.

—¿Dónde hay que matricularse? —preguntó la morena—. Me hace ilusión no por lo de ser mamá, sino por los preparativos.

—Te escribiré una carta, chata. Dime dónde está Avros.

—Arriba, en la piscina.

—Pues no hace demasiado calor...

—Tiene corrientes de aire climatizado que van al sitio donde él se encuentra. En cambio, nosotras estamos fastidiadas. El aire climatizado de este piso no funciona.

Johnny dejó sus cinco dedos marcados —solo por ganas de quedar bien— en cierta parte muy saliente de la anatomía de la pelirroja.

—Sé buena nena y dime por dónde se sube a la piscina —pidió.

—Por la escalera que hay detrás de esa puerta.

—Gracias.

Johnny siguió la dirección indicada. Llegó a la terraza.

El Nueva York de los millonarios se abrió deslumbrante ante sus ojos.

Y también el Nueva York de los muertos.

Porque la bala disparada con silenciador venía recta hacia su cabeza.

CAPÍTULO XIV

SI no llega a ver en el último instante el brillo de aquel silenciador de aluminio, la bala le atraviesa y él no se da cuenta de nada. Pero pudo distinguirlo como un parpadeo en la fracción de segundo en que iba a producirse el disparo. Se pegó instantáneamente a la pared, con esa rapidez que solo puede dar un entrenamiento continuo y a fondo, un entrenamiento casi brutal.

La bala le acarició las pestañas.

El fulano quiso volver a disparar.

Johnny le envió un saludo con el bull-dog chato que llevaba remetido en la cintura, entre la camisa y el pantalón.

El hombre del silenciador se estremeció.

Dio una extraña vuelta sobre sí mismo.

Con las manos plegadas sobre el vientre cayó a desangrarse al fondo de la piscina.

El hombre que estaba tomando el sol junto a ella miró al intruso sin la menor hostilidad, aunque también sin la menor simpatía.

—Me ha ensuciado usted el agua —dijo—. Tendría que hacérsela limpiar con la lengua.

Johnny se acercó.

Miró al gran jefe Barbas de Oro.

Al igual que un viejo vikingo, Avros lucía una barba rubia. Al igual que un viejo vikingo, gozaba de las mujeres y luego las olvidaba. Al igual que un viejo vikingo, bebía jarras enormes de cerveza junto al agua y hacia colgar a sus enemigos del mascarón de proa. Allí, en lo alto del rascacielos, no había por supuesto mascarón de proa, pero uno podía colgar cómodamente del alto mástil donde ondeaba la bandera norteamericana. Todo era cuestión de tomarle gusto a la cosa.

Johnny chascó dos dedos.

—Usted es Avros, supongo —dijo.

—¿Y usted?

—Me llamo Johnny.

—Pues oiga bien, Johnny Hijo de Perra. ¿Por qué ha venido a interrumpir mi descanso?

Johnny no se inmutó.

Habían llamado cosas peores a su pobre madre, y además en idiomas mucho más viejos que el inglés. Por ejemplo, no sabe usted lo emocionante que resulta que a uno le llamen hijo de perra en tagalo.

—Quiero saber quién era el muerto —dijo.

—El marica se llamaba Jeremy.

—¿Cómo sabe que ha muerto el marica?

—Me han avisado desde abajo.

—Y ese otro que va a ganar el campeonato mundial de submarinismo, ¿cómo se llamaba?

—Richard.

—Observo que tiene usted un magnífico ejército privado, señor Avros.

—Todo hombre de mi posición lo necesita en esta acogedora ciudad, símbolo de la cultura del mundo occidental. De lo contrario ya me habrían despellejado en mi propia cama. ¿Le apetece un poco de cerveza?

Johnny negó suavemente.

—Hay aquí una magnífica temperatura, señor Avros —comentó.

—Claro. ¿Por qué cree que vivimos en un país maravillosamente técnico? Mis instalaciones me permiten enviar aire acondicionado allí donde me conviene y a la temperatura que me conviene. Y eso no es todo. Eche una mirada a su alrededor, si es que tiene ojos. Puedo vivir en un paraíso como el de las playas de Tahití sin moverme de mi casa.

Le señaló uno de los bordes de la piscina, borde que Johnny ya había observado con asombro. Seguramente por medio de helicópteros habían sido descargadas allí toneladas de arena fina, dignas en efecto de las playas de Tahití. Una palmera cimbreante crecía en un parterre ideado por un hábil arquitecto. Una tumbona roja quebraba la monotonía del color de la arena. Incluso, maravilla de las maravillas, una barca de cierta prestancia estaba varada en la

arena, como dispuesta a lanzarse en cualquier momento a quién sabe qué misteriosas singladuras. La ilusión de un paraíso tropical era sencillamente perfecta.

—Supongo que para navegar por su piscina no necesitará usted título de capitán de yate, señor Avros —dijo burlonamente.

—Soy no solo capitán de yate, sino capitán de la marina mercante —dijo el millonario con sonrisa desdeñosa—. Podría mandar si quisiera el trasatlántico mayor del planeta. Pero no tema: no le invitaré a realizar un crucero de vacaciones por mi piscina, pese a lo grande que es esta. Y ahora, dígame de una cochina vez a qué ha venido aquí, sucio hijo de zorra.

Sus facciones se habían tensado. Sus ojos amenazadores despedían chispitas rojas.

Johnny musitó:

—He venido a detenerle, señor Avros.

—¿Qué...?

—Digo que he venido a detenerle, señor Avros.

El otro le miró como si creyera estar hablando con un loco.

—Usted es un don nadie, Johnny Preston —dijo—. No tiene permiso oficial. Sé sobre usted tantas porquerías que no cabrían en uno de los barcos basureros que tengo arrendados al Ayuntamiento de Nueva York. Una sola llamada y le detendrán por allanamiento de morada y por doble asesinato. Y no piense ni por un momento que voy a estarme callado esta vez.

Johnny encajó las mandíbulas.

Era obstinado.

Era un perro Doberman.

Cuando él tenía la presa bien encajada entre sus fauces, ya no la soltaba jamás.

Avanzó hacia Avros.

—Voy a llevármelo de aquí sea como sea, millonario de las narices —dijo—. Voy a llevármelo en *sleep*. Más adelante ya concretaré de qué le acuso, pero de momento va a venir. Va a escupir todo lo que sabe. Va a lanzar toda su flota de barcos basureros desde el fondo de su cochino estómago.

Avros se puso en pie.

Por primera vez estaba asustado. Por primera vez su poderosa e inatacable organización parecía desmoronarse.

—Usted no tiene ninguna autorización para... —empezó a decir.
Y se detuvo.

La frase quedó cortada.

Porque en aquel momento otra voz dijo secamente desde la puerta:

—¿Y nosotros tampoco, señor Avros? ¿Le parece que nosotros dos tampoco tenemos autorización para detenerle?

Johnny volvió la cabeza hacia allí.

Estaba asombrado, porque conocía aquella voz.

Y más asombrado quedó al reconocer a los dos hombres.

Porque los capitanes Morris y Flanagan, adscritos al Servicio Secreto, avanzaban hacia Avros. Uno llevaba en la derecha lo que debía ser una orden de detención. El otro empuñaba una «Smith-Wesson» del calibre 9 largo.

El cañón se clavó en el ombligo del millonario.

Todo lo que a Johnny se le ocurrió decir fue:

—No te vayan ahora a entrar cosquillas, macho...

CAPÍTULO XV

PERO en realidad Johnny estaba tan asombrado que no sabía qué pensar, aunque todo fuese lógico. Morris y Flanagan sí que podían haber obtenido una orden judicial para detener a Avros. Sí que podían haber llegado hasta allí, puesto que él mismo había despejado el camino de obstáculos. Pero ¿qué buscaban? ¿En qué basaban la orden judicial?

Johnny susurró:

—¿Por qué vais a detenerle?

—Posible complicidad en la muerte de Malone.

—¿Qué sabéis de eso?

—Posiblemente algo más que tú, puesto que el Servicio Secreto ha investigado con todos sus medios, mientras que tú eres un hombre solo. Pero eso ya se verá ante el fiscal del Distrito. Puedes acompañarnos allí si quieres. Y usted, Avros, vaya poniéndose un albornoz encima. Vamos a dar una vueltecita por las calles de Nueva York, y no queremos que los maricas se enamoren de su musculatura.

El millonario les miró con ojos llameantes.

—Supongo que puedo vestirme por completo —dijo—. Supongo que puedo presentarme en los sitios como un señor.

—Hágalo, pero nosotros le acompañaremos. Nada de trampas ni de combinaciones. ¿Dónde tiene su habitación privada?

—Abajo. Se va por esa puerta.

—Pues andando.

Johnny estaba asombrado y casi podía decirse que maravillado también. La cosa se había puesto fácil cuando, por contraste, más difícil parecía. Porque él estaba dispuesto a llevarse a Avros a la fuerza, esa era la verdad, pero dudaba que hubiera podido llegar con él hasta la calle. En cambio, con la ayuda de Morris y de

Flanagan, que además iban provistos de una orden judicial, todo era posible.

Les acompañó hasta el piso inferior. Allí, con una soberbia panorámica sobre los muelles del East River, Avros tenía una *suite* digna de su categoría social. Era una bombonera de narices. De una forma maquinal, como dándose cuenta de que no le convenía de ningún modo seguir el camino de la violencia, el millonario empezó a vestirse.

De todos modos musitó:

—Supongo que puedo llamar a cualquiera de mis abogados. Los tengo en este mismo edificio.

—Lo primero que le dirá el fiscal del Distrito es que llame a un abogado si le interesa. Y ahora dese prisa. No vamos a estar aquí toda la cochina mañana.

Johnny les contempló casi con gratitud.

—Habéis hecho un magnífico trabajo desde el principio, muchachos —dijo—. Si no llega a ser por el anillo que entregasteis a Malone, nunca hubiera podido ser localizado este.

—Sí —dijo Morris, maquinalmente—, pero de poco sirvió. En fin, nosotros cumplimos.

—E incluso con anticipación —dijo Flanagan—. No teníamos que haberle entregado el anillo con tanta urgencia, puesto que estaba previsto darle también otros aparatos de control algo más tarde. De todos modos, nos pareció que era necesario que al menos aquello lo llevase desde el primer momento.

—Sí, fue una buena idea —reconoció Johnny—. Lástima que todo se fuese al diablo por la estupidez de un vicealmirante que ahora va a tener que estar alimentándose con biberón durante tres semanas.

Y se volvió hacia la puerta.

Casi daba lástima alejarse de allí. Era el ambiente más elegante, más cuidado, más perfecto que había visto. Lástima que el aire acondicionado funcionase solo arriba, junto a la piscina, y en cambio no funcionaba en la habitación donde estaban las chicas. Y es que hasta las cosas más perfectas tienen sus fallos. Uno no puede fiarse de nada.

Uno no puede fiarse de nada.

Uno no puede fiarse de nada...

Johnny sintió que de pronto se le había secado la boca.

—Por supuesto la temperatura que reina junto a la piscina podrá regularse —dijo con voz opaca.

Nadie le contestó.

Parecía como si estuviera solo en aquel edificio inmenso.

Los nudillos de Johnny crujieron.

No sabía por qué.

Pero notaba que un escalofrío llegaba hasta el fondo mismo de sus huesos.

—Supongo que la temperatura conseguida aquí puede ser exactamente la que hay en unas cuantas bahías de la costa atlántica, facilitadas por el servicio meteorológico —dijo.

Tampoco le contestó nadie.

Y Johnny supo ahora por qué.

En este momento sí que el escalofrío llegó de verdad hasta sus huesos.

Se preguntó qué voz sería la que le hablaría, se preguntó de qué mano le vendría la muerte.

Y fue la voz de Morris la que dijo:

—Siento tener que ser yo el que dispare, muchacho. Te aseguro que es una lástima. En el fondo me caías simpático...

CAPÍTULO XVI

JOHNNY no tuvo esta vez fuerzas para volverse, fuerzas para pelear. Sus propios pensamientos le ahogaban. Sus ideas eran como un angustioso torbellino en el que se sentía hundido, un torbellino del que no podía salir.

Y ahora fue la voz de Flanagan:

—El resultado hubiera sido el mismo, muchacho: teníamos que acabar contigo. Pero el hecho de que hayas adivinado la verdad hace que la cosa sea más urgente todavía. Vuélvete y míranos, si eres de esos hombres que quieren morir de cara.

Johnny se volvió.

Naturalmente que quería morir de cara.

Pero al mismo tiempo quería ver el fondo de los ojos de aquellos asesinos.

También Avros estaba armado ahora. Le apuntaba con una «Luger» de cañón largo. Sus ojos se habían convertido en unos ojillos duros y malignos. Era el que parecía más dispuesto a disparar.

—Has sido listo —dijo—. Llegar a esa conclusión partiendo del simple dato de una temperatura...

—De una temperatura y de un anillo conteniendo un emisor-receptor que fue entregado antes de tiempo —dijo Johnny con voz metálica—. Entregado antes de tiempo para que Malone, aun siendo un sabio y obrando con la mejor buena fe, tuviera que transmitir unos datos falsos que harían imposible dar con él.

Morris emitió una risita silenciosa. Su revólver le apuntaba directamente a la cabeza, pero aún no disparó. Solo hizo un gesto de curiosidad, como si quisiera hurgar hasta el fondo de los pensamientos de Johnny.

—¿Cuál es tu conclusión? —preguntó—. ¿Qué es lo que

realmente crees que hemos hecho?

—En primer lugar matar a Amudsen, porque ese era el primer paso que necesitabais dar para que se os permitiera sacar un bloque de acero de La Casa del Fuego Eterno. En segundo lugar, matar a la hija de Amudsen para que no crease dificultades en el «entierro» de su padre, como por ejemplo decidir que ese entierro se hiciera en otro sitio. En tercer lugar, había que dar a Malone el anillo emisor-receptor. Eso era lo más sencillo.

—Cierto —murmuró Flanagan—. ¿Pero con qué objeto íbamos a hacer eso?

—Ya os lo he dicho: para que el propio Malone transmitiera datos falsos. Os explicaré con detalle, paso a paso, todo lo que hicisteis. Ante todo, trajisteis a Malone aquí. El narcótico que le habíais aplicado estaba calculado con exactitud para que Malone se recuperara cuando estuviese en la barca.

—Es curioso... ¿Qué barca?

—Ni curioso ni nada, sucio bastardo —dijo Johnny—: Yo mismo la he visto. Está varada en esa playa artificial junto a la gran piscina donde puede navegar y navegar, siempre y cuando dé vueltas, produciendo al ciego que estuviera dentro la absoluta sensación de que navegaba por una bahía de aguas quietas. Ese era el primer dato falso que tenía que transmitir Malone, y vosotros sabíais que lo transmitiría con toda seguridad.

Miró sin un parpadeo aquellas bocas de fuego por las que le podía venir la muerte en cualquier instante y añadió:

—La temperatura que Malone captaría iba a coincidir casi exactamente, gracias al aire acondicionado que soplaba fuera, con la de la bahía de Banehilt, en la costa atlántica. Vosotros sabíais que nuestros servicios de control no iban a fallar en eso. Partiendo de la base de los datos que Malone facilitaba, sería localizada inmediatamente una bahía de aguas quietas donde reinaba una temperatura determinada. Luego había que seguir la comedia con el jueguecito del submarino.

—Continúa, hombre... —dijo Avros riendo—. Me diviertes...

—Pues si tanto te divierte, escucha esta otra parte que conoces mejor que yo. Malone captó unas frases perfectamente calculadas para que creyera estar en la cubierta de un submarino. Pero en realidad donde estaba era en una de las recias plataformas

metálicas de la instalación de aire acondicionado. Fue introducido en esa instalación por un hueco que recordaba una escotilla, y que en realidad lo es. Desde allí podía tener la perfecta sensación de encontrarse en un submarino, sobre todo si esa sensación era «ayudada» con lo de las cargas de profundidad.

—¿Las cargas de profundidad? —preguntó Morris burlonamente, puesto que sabía que podía matarle en cualquier instante—. ¿Cuáles?

—Este era uno de los detalles maestros —dijo Johnny—. El ruido de las cargas de profundidad que Malone captó era falso y procedía de una cinta magnetofónica grabada antes. Pero en cambio hubo otro submarino que fue realmente destruido y que tenía que salir a aquella hora, según nuestros exactos cálculos de la bahía de Banehilt. Ese submarino había sido facilitado por vosotros mismos a unos hombres listos pero que en esa ocasión no sospecharon la trampa: los hombres de la Mafia. Tenían que sacar del país a unos peces gordos fuera como fuese, y vosotros les prestasteis vuestra «desinteresada» ayuda. El submarino era viejo, pero podía llegar sin problemas a cualquier rincón de las Bahamas. Lo que los hombres de la Mafia no podrían ni sospechar siquiera fue que se encontrarían con un ataque en regla, igual que si estuviesen en una guerra declarada. Vuestros servicios de escucha os informaban de la frecuencia de las explosiones y vosotros pasabais por cinta unos estampidos muy similares ante los oídos de Malone, que sin duda transmitiría lo que estaba oyendo. ¿Qué duda cabía entonces de que el submarino en que estaba Malone había sido destruido y el sabio había muerto? Ahí estaba vuestro golpe maestro. Ya nadie lo volvería a buscar más Y vosotros lo sacaréis en cualquier momento de la instalación de aire acondicionado en que se encuentra prisionero para llevároslo fuera del país sin ningún problema. ¿No es ahí donde está? ¿No es por esa razón que el aire acondicionado de abajo no funciona? ¿Y no es por esa razón que los mensajes de Malone, cosa extraña, se captaron mejor en los puestos de escucha de Nueva York que en los contiguos a la bahía de Banehilt?

Los tres hombres que le habían escuchado en silencio hasta entonces, estaban perdiendo los nervios. Los tres se daban cuenta de que aquel hombre, aquella especie de perro solitario, aquel tipo despreciado por todos, había llegado a donde los otros no pudieron

llegar. Se daban cuenta de que era un peligro demasiado grave, un peligro que... ¡tenía que ser eliminado cuanto antes!

Avros musitó:

—Lo siento, amigo. Quizá un tipo como tú nos hubiera sido útil. En el fondo, eres una inteligencia perdida.

Johnny sabía que ya no tenía ninguna posibilidad de defenderse. Que para él había caído el telón del último acto.

Pero no se inmutó. No pestañeó siquiera. Miró la muerte cara a cara.

¿La muerte?

¿Por qué se abrió entonces aquella puerta? ¿Por qué se oyó una voz pausada que trataba de decir?:

—¡Oiga! ¡Deje este asunto, señor Preston! ¡Se lo ordena el propio presidente de los Estados Unidos!

Johnny imprimió a su cabeza apenas un cuarto de vuelta.

Y gimió:

—¡Atiza!

¡Porque allí estaba el tipo a quien ya dejó fuera de combate una vez! ¡Allí estaba el pertinaz, el incansable oficial de la Casa Blanca!

¡Sin duda había podido llegar hasta allí siguiéndole y ayudado por el hecho de que Johnny había dejado el camino «libre»!

Apenas pudo barbotar:

—¡Cuidado!

Los tres hombres iban a disparar contra él, creyendo que trataba de ayudar a Johnny. En realidad una bala destrozó la clavícula izquierda del oficial.

Este lanzó un gemido de dolor mientras se pegaba frenéticamente a un costado de la parecí.

Johnny tenía una sola ventaja: el instante de indecisión de sus enemigos. Y estos no le habían desarmado aún porque estaban convencidos de tenerlo seguro, lo que permitió a Johnny utilizar su petardo.

Disparó desde la cintura.

Su arma era un perro rabioso. Su mano frenética parecía estar manejando una ametralladora. Sus disparos se convirtieron en un solo, prolongado, alucinante trueno.

Fue Avros el primero en caer hacia atrás.

Vaciló en el lujoso dormitorio. Dio unos extraños pasos de un

macabro baile. Abrió espasmódicamente las manos mientras se estrellaba contra una de las paredes.

Flanagan le imitó.

Casi chocó con él.

Los dos parecían una pareja que hubiera querido entrar en el Más Allá a los compases de un último y macabro baile.

El cuerpo de Flanagan chocó con una de las ventanas y pareció ir a rodar hacia el abismo, aunque quedó doblado sobre el alféizar. En cuanto a Morris, fue el que pareció ir a tener más suerte.

Precisamente porque se ocupó de huir más que de disparar. Porque se dio cuenta de que las cosas habían cambiado en solo unos segundos y podían estar perdidas. Eso fue lo que le hizo lanzarse frenéticamente hacia unas escaleras que comunicaban con la salida de incendios.

Y allí le sorprendió la bala.

Allí notó que se le cortaba la respiración, que todo daba vueltas ante sus ojos.

Rodó estrepitosamente, mientras chocaba con los peldaños metálicos.

Johnny Preston sopló en él cañón del revólver con un movimiento casi melancólico y lo guardó. Luego dijo al oficial de la Casa Blanca:

—Puede usted cargar con la gloria de haber encontrado a Malone. Está un piso más abajo, en la instalación de aire acondicionado. Y ahora dígame, aunque solo sea por curiosidad: ¿por qué el presidente Ford no desea que yo intervenga en este caso?

—Por una sola razón —dijo el oficial mientras se apretaba la herida—. Él sabe realmente quién es Malone y no quiere que la cosa se airee. Algunos datos esenciales sobre Malone no los posee ni el Servicio Secreto. Solo algún personal muy escogido de la Casa Blanca.

—¿Y... y qué datos son esos?

—Que no es doctor.

Johnny abrió mucho la boca.

—¿Qué... qué dice? —balbució.

—Que no ha escrito ningún libro jamás. Todos se los han escrito. Sus clases se las dicta un equipo de expertos antes de que las dé. Sus

títulos son falsos.

A Johnny empezaban a dolerle las muelas.

—No me diga... —susurró.

—Hay unos cuantos hombres como Malone repartidos por el mundo —dijo el oficial—. Cuestan caros, pero son unos excelentes actores. Este caso no lo teníamos previsto, pero cuando se quiere descubrir a algún presunto secuestrador, se les emplea como cebo. Y si se pierden, no se pierde gran cosa.

Johnny tuvo que llevarse la mano a la boca.

Ahora sí que le dolían de verdad las muelas.

—De modo que esos tipos... —balbució— habían secuestrado a... a... a...

—A un don nadie —dijo el oficial—. Por eso el presidente, que estaba en el secreto, quería detener la operación.

Johnny se sujetó las mandíbulas.

Lo hizo para no gritar.

Jamás se había sentido tan contento de no pertenecer ya a aquel mundo del que le habían echado y al que de ningún modo pensaba volver.

—¿Qué van a hacer ahora con Malone? —bisbiseó con un esfuerzo.

—Seguirá trabajando en La Casa del Fuego Eterno.

—¿Y no hay peligro de que haga explotar algo?

—Las estadísticas aseguran que en una central nuclear solo puede producirse un accidente cada mil años.

—¡Las estadísticas! —murmuró Johnny—. ¡Pues cualquiera se fía!

Y se largó. Un poco más y cae rodando por las escaleras.

Menos mal que en su hotelucho de la Avenida Once encontró a Deborah. Menos mal que ella hacía ya «chup-chup» con los labios mientras le proponía:

—¿Descubrimos la felicidad, macho?

—Pero, nena —susurró Johnny—. ¿No ibas a casarte con Prince? ¡Conmigo no tienes porvenir! ¿No ibas a casarte con él?

Ella se acercó contoneándose mientras musitaba:

—Me parece que lo voy a dejar para el año que viene...

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

